

BOULEVARD BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

operación riñones al jerez

joseph berna



FABRI

Un camarero de hotel, aficionado a las películas de agentes secretos se ve envuelto por una casualidad en una disparatada y trepidante historia de persecuciones y peleas entre espías y matones, para conseguir la fórmula de un gas paralizante de reciente creación.



Joseph Berna

Operación riñones al jerez

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1309

ePub r1.0

Lds 30.07.18

Título original: *Operación riñones al jerez*

Joseph Berna, 1975

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La Operación Camaleón había llegado a su punto culminante.

El objetivo de la misma era recuperar un maletín que, conteniendo importantes documentos secretos, había sido robado de una de las cajas de seguridad del Gobierno de los Estados Unidos.

El agente

XYZ-32,

más conocido por Bruno *el Conquistador*, orgullo del Servicio Secreto norteamericano, había logrado averiguar el paradero de los documentos robados.

Estaban en poder de Chiang-Tung, un chino que poseía una suntuosa villa a pocos kilómetros de Palm Beach, Florida.

Bruno *el Conquistador* había conseguido introducirse en ella sin ser visto por la media docena de orientales que, armados con sendas metralletas, vigilaban distribuidos por el amplio jardín que la rodeaba.

El agente

XYZ-32

tenía un plan: colarse silenciosamente en el dormitorio de Chiang-Tung, atrapar al chino por el gaznate y obligarle a confesar el lugar donde guardaba el maletín birlado.

Pero sucedió que Bruno se equivocó, y en vez de colarse en el dormitorio del chino, se coló en el dormitorio de la china.

Y qué china...

Estaba de pie junto a la puerta del cuarto de baño, cuya luz permitía distinguir la silueta de su excepcional cuerpo a través del transparente camisón.

La belleza oriental miraba con ojos agrandados al agente, quieta como un semáforo.

Bruno, que empuñaba su pistola automática, una «Luger» de mucho respeto, dijo esbozando una sonrisa:

—No temas, preciosa; no voy a causarte ningún daño. Pero sé buena chica y no grites, ¿eh? Quiero darle una sorpresa al de la coleta.

La belleza pestañeó.

—¿Se refiere usted a Chiang-Tung...?

—Al mismo, primor. ¿Acaso no lleva coleta?

—Sí...

—Pues yo haré que coja unas tijeras y se la corte, como los toreros tras su última faena, porque el sinvergüenza de Chiang-Tung ya no tendrá ocasión de realizar más «faenas».

La china abrió la boca al oír aquello.

Bruno se aproximó y la enlazó por el talle con el brazo izquierdo.

Ella no dijo nada.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Flor del Campo...

—Pues la semilla para sembrar flores como tú debe costar un pico.

La joya oriental no pudo reprimir una sonrisa.

Así, sonriendo, todavía resultaba más tentadora.

Bruno, sintiéndose más conquistador que nunca, la besó en los labios, sin que ella pusiera impedimento alguno.

—¿Sabes una cosa, chinita...? Deberías llamarte Dulce Panal.

—¿Por qué?

—Porque tus labios saben a miel.

—Es usted un hombre simpático, pero muy atrevido —repuso ella, con algo de picardía.

—Y tú un portento, Rosa del Jardín.

—Flor del Campo... —rectificó la belleza, sonriendo divertida.

—Ah, sí, eso —dijo Bruno, besándola de nuevo. Después, preguntó—: ¿Cuál es el dormitorio de Chiang-Tung, encanto?

—La primera puerta a la izquierda.

—Voy a darle el susto del año.

—¿Piensa matarlo...?

—Espero que no me obligue a ello. ¿Lo sentirías mucho?

Los bellos ojos de la china despidieron un chispeo de rencor.

—¿Sentirlo...? En absoluto. Chiang-Tung es un tipo repulsivo. Me tiene aquí a la fuerza, encerrada en la villa como si fuera un perro. Mi vida, por su culpa, es un continuo tormento.

—Si puedo hacer algo por ti...

La esperanza se reflejó en el rostro de Flor del Campo.

—Sí, claro que puede: sacarme de aquí. Y yo, a cambio, le facilitaré su trabajo.

—¿Mi trabajo...? ¿Qué sabes tú de mi trabajo?

—Creo saber lo que ha venido a buscar: los documentos secretos robados a su Gobierno por los hombres de Chiang-Tung. ¿Me equivoco?

Bruno dio un respingo de sorpresa.

—Diablos, diste en el clavo, chinita.

—El maletín está en el despacho, de Chiang-Tung, en la caja fuerte.

—¿Dónde está el despacho?

—Abajo, en el corredor de la derecha, casi al final.

—¿Conoces la combinación de la caja?

—No.

—Bueno, no importa; ya me las arreglaré yo para abrirla. Las cajas fuertes, para mí, son como las mujeres: no existe ninguna que se me resista más de cinco minutos.

Como tras una frase como ésta resulta muy apropiado un besito, Bruno se lo dio.

Ella colaboró con ganas.

—¿Me sacará de aquí?

—Al menos lo intentaré, preciosa. Ahora voy a hacerme con el maletín. Cuando esté en mi poder, subiré por ti y procuraremos largarnos de la villa sin ser vistos.

—¿Me da su palabra de que no se irá sin mí?

—Puedes estar segura. Tú y yo hemos de pasar ratos muy buenos, chinita.

—Todos los que usted quiera —le sonrió ella.

Bruno le pellizcó la naricilla.

—Espérame aquí, Flor del Balcón.

—Del Campo...

El miembro del Servicio Secreto se golpeó la frente.

—Demonios, a ver si consigo aprendérmelo de una vez.

La belleza sonrió más ampliamente.

Bruno *el Conquistador* salió del dormitorio.

Logró llegar al despacho de Chiang-Tung sin ser descubierto, pero cuando se disponía a entrar en él, un chino de más de dos metros de altura y unos cien kilos de peso, con un pechazo descomunal, surgió por la izquierda.

Llevaba la cabeza rapada y un enorme bigotazo le caía por las comisuras de la boca, llenándosela de pelos.

El gigante oriental se quedó de muestra al ver al agente.

Éste se dijo que lo más sensato sería meterle un plomo en la cabezota, pero como el chino iba desarmado, no fue capaz de utilizar su «Luger».

El grandullón, que sólo se cubría con un taparrabos de piel de tigre, tensó sus poderosos músculos y trotó hacia el agente, enseñando su dentadura de caballo.

Bruno le esperó impertérito, y cuando lo consideró oportuno, se elevó del suelo con asombrosa agilidad, llevando la pierna derecha por delante.

La apisonadora humana lanzó un bramido al recibir la patada en la frente y se tambaleó.

El agente, desde el suelo, le disparó la otra pierna, la izquierda, alcanzándole en pleno vientre.

El chino emitió un alarido desgarrador al sentir aquel hachazo en zona tan dolorosa y se dobló en el acto, con la cara más arrugada que una pasa.

Bruno brincó del suelo con pasmosa rapidez y le atizó, con el filo de la mano, un colosal golpe en las vértebras cervicales.

El mastodonte se estrelló de bruces contra el suelo, con el cuello roto.

—Bien, ya está la alarma dada —rezongó el agente
XYZ-32

—. Ahora el tiempo es oro.

Se desprendió una de las dos granadas que llevaba sujetas al cinturón, tiró de la anilla y la arrojó al pie de la caja fuerte, retirándose rápidamente de la entrada del despacho.

La explosión resultó ensordecedora.

El despacho quedó hecho una pena.

Bruno entró en él.

La caja fuerte estaba prácticamente destrozada.

El agente se apoderó del maletín y salió del despacho.

Escuchó carreras alocadas y ladridos en chino.

Procedían del extremo derecho del corredor.

Bruno atrapó la otra granada y se llevó la anilla a la boca.

Esperó unos segundos y tiró de ella con los dientes, arrojándola a continuación hacia la entrada del corredor.

La granada estalló en el preciso instante en que cuatro chinos, metralleta en mano, entraban en él.

Chinos, metralletas y trozos de pared saltaron por los aires.

Bruno, que se había colado en el destrozado despacho para protegerse de la explosión, salió de nuevo y corrió hacia el montón de ruinas y cadáveres.

Otros dos chinos se dejaron ver, prestos a disparar.

Bruno se les anticipó, accionando el gatillo de su «Luger».

Los dos orientales se contorsionaron al recibir los impactos y cayeron sin vida sobre los cuerpos de sus compañeros.

El agente pasó corriendo por encima de los fiambres.

En el amplio salón no se veía a nadie.

Bruno lo cruzó y ascendió por la ancha escalinata de mármol.

Ya había dejado atrás la mitad de los peldaños, cuando oyó gritar a Flor del Campo:

—¡Cuidado!

Bruno se arrojó sobre los peldaños.

Varias balas silbaron muy cerca de él.

Se las enviaba Chiang-Tung, desde la punta izquierda de la barandilla del corredor al cual daban las habitaciones de Flor del Campo y del chino.

El agente respondió al fuego de Chiang-Tung.

Y muy certeramente por cierto.

El propietario de la villa lanzó un aullido impresionante, porque una bala le había entrado por el ojo zurdo.

Chiang-Tung se venció hacia adelante, por encima de la barandilla, cayendo de cabeza al salón, donde quedó desmadejado.

Bruno se puso en pie y alcanzó el corredor.

Flor del Campo, pálida aún, echó a correr hacia el agente y se refugió en su pecho.

—Serénate, preciosa, que ya pasó el peligro. Todos los paisanos

tuyos que estaban al servicio de Chiang-Tung están tan muertos como él.

—He pasado un miedo espantoso... ¿Qué fueron esas explosiones?

—Nada, que hemos jugado un rato a la guerra.

—Por un momento temí que hubiesen acabado con usted...

—No es fácil acabar conmigo, chinita. Y pongo en tu conocimiento que me llamo Bruno y que debes tutearme, porque vamos a ser buenos amigos.

Ella le miró con ojos resplandecientes.

—Eres un hombre encantador, Bruno.

—Tú sí que eres encantadora, chinita. Anda, vístete, que nos vamos.

—¿Adónde? —inquirió maliciosamente Flor del Campo.

Bruno le guiñó el ojo.

—Estoy seguro de que mis superiores, como premio al éxito de la misión que me habían encomendado, me darán un par de semanas de vacaciones. Siempre que dispongo de unos días me largo a Acapulco. ¿Quieres venir conmigo, Lirio del Valle?

Ella le echó los brazos al cuello y le besó en los labios.

—Será un placer, Bruno. Y te recuerdo, una vez más, que me llamo Flor del Campo.

—Está visto que no me entra el nombrecito, preciosa. Mira, para evitar confusiones, te llamaré siempre chinita, ¿de acuerdo?

—Siempre estaré de acuerdo en todo contigo, Bruno.

—Te advierto que soy muy exigente...

—Y yo muy complaciente...

Flor del Campo volvió a besarle.

Bruno *el Conquistador* dejó caer el maletín al suelo y se guardó la «Luger» en un bolsillo.

Necesitaba las dos manos para estrechar contra sí el espléndido cuerpo de aquella belleza oriental que pensaba llevarse a Acapulco.

Fue entonces, mientras los dos se besaban y se abrazaban tan apasionadamente, cuando en la pantalla apareció el clásico letrerito: «The End».

Las luces de la sala cinematográfica se encendieron.

Los espectadores se levantaron de sus butacas y empezaron a desfilas hacia las puertas de salida.

Bueno, todos no, hubo una excepción: Peter Bevison continuó sentado en la suya, con los ojos fijos en la pantalla, como si no hubiese finalizado la proyección de la película.

Peter era un joven moreno, alto, más bien delgado, de rostro alegre y simpático. Tenía veintisiete años y trabajaba de camarero en el hotel Pacífico, uno de los más importantes de la ciudad de Los Angeles.

Era martes, el día libre de Peter Bevison.

Hasta las diez de la noche no tenía que presentarse en el hotel.

Todos los martes, sin excepción, Peter acudía a una sala cinematográfica donde se proyectase una buena película de agentes secretos.

Era su distracción favorita, su pasión, su *hobby*.

Desde hacía años había sentido una profunda admiración por James Bond. Sin embargo, después de presenciar la película *Operación Camaleón*, de maravillarse con las increíbles aventuras vividas por el agente

YXZ-32,

éste iba a ser su nuevo ídolo.

En su opinión, Bruno *el Conquistador* era muy superior en todo al agente 007.

Peleaba mejor, disparaba mejor y besaba mejor que James Bond.

¡Con qué facilidad se había deshecho del gigante del taparrabos!

¡Con qué facilidad se había cargado a la media docena de chinos armados con metralletas y al traicionero Chiang-Tung!

¡Con qué facilidad se había hecho con Flor del Campo!

Menudas vacaciones se iba a pasar en Acapulco con la chinita...

Lo que daría él Por ser un agente secreto de la talla de Bruno *el Conquistador*...

Y por tener una china cómo aquella...

Un carraspeo interrumpió sus pensamientos.

Ladeó la cabeza y se encontró con uno de los acomodadores.

El hombre, mirándole con extrañeza, inquirió:

—¿Se encuentra bien, señor...?

—Oh, sí, perfectamente. ¿Por qué lo pregunta?

—La proyección terminó hace rato, todos se han ido ya...

Peter Bevison respingó exageradamente.

—¡Cielos, es verdad! —exclamó con asombro, observando la sala

vacía y silenciosa—. Perdone usted, me había metido tan de lleno en la película que ya me veía haciendo las maletas y largándome a Acapulco con Flor del Campo.

El acomodador sonrió amablemente y comentó:

—Realmente, la chinita estaba de muy buen ver...

—Y eso que nosotros no la hemos visto bien. Bruno *el Conquistador* sí que la verá bien vista, sí. ¡Y durante dos semanas!

—Ventajas de ser un agente secreto valiente, simpático y guapetón...

—Y que lo diga usted —suspiró lánguidamente Peter, levantándose de su butaca—. En fin, perdone si les he causado alguna molestia con mi distracción.

—En absoluto, señor —repuso afablemente el acomodador.

Peter se despidió con un ademán y abandonó la sala.

Tomó un taxi.

Minutos después se encontraba en el hotel Pacífico, planta sexta, colocándose el uniforme de trabajo.

Al salir del cuarto de servicio, donde cada uno de los empleados que prestaban su servicio en aquella planta tenía un pequeño armario para guardarse sus cosas, se tropezó con Elsa Gilford, una morenita que era una auténtica preciosidad. Tenía veintidós años y unas formas realmente sugestivas.

Llevaba apenas tres meses trabajando de camarera en el hotel, en la sexta planta, como Peter.

La encantadora morenita se detuvo al verle y le sonrió.

—Hola, Peter. ¿Qué tal tu película de hoy de agentes secretos?

—Sensacional, Elsa. El protagonista, el agente

XYZ-32,

es algo fuera de serie. Figúrate que...

Ella le interrumpió, dando un manotazo al aire:

—Oh, no, Peter, no es necesario que entres en detalles; todos los agentes secretos son iguales. Pegan un puñetazo y tumban a media docena de individuos. En cuanto a las chicas, las conquistan con sólo una mirada.

Peter movió la cabeza.

—Te aseguro que Bruno es distinto a todos, Elsa. Tiene personalidad.

—¿Quién es Bruno? —Parpadeó Elsa Gilford.

—El agente

XYZ-32,

mujer. Apenas conoce a Flor del Campo, que es una china que está como el Capitolio, la toma por la cintura así. —Peter tomó a la morenita—, con su brazo izquierdo, y de esta forma tan particular la atrae hacia sí —se atrajo a Elsa—, y la besa en los labios como un verdadero maestro.

Peter no la besó como un maestro, pero poco le faltó.

La camarera, pegada, todavía a Peter Bevison, murmuró:

—No debiste besarme, Peter.

—¿Por qué? —repuso él, sin soltarla.

—Si Roque llegara a saberlo, se pondría muy furioso. Peter Bevison enarcó las cejas.

—¿Te refieres al mexicano...?

—Sí. Me ha pedido que sea su novia, ¿sabes?

—No cometas la tontería de aceptar —aconsejó Peter—. Tú estás excelsa, Elsa, pero Roque es un alcornoque.

La morenita hizo un mohín malicioso.

—Bueno, tal vez no sea un tipo muy inteligente, pero es recio, fuerte, viril...

—Y tiene cara de mandril.

—A mí me gusta —dijo ella, con un solo fin: picar a Peter.

Éste arrugó el ceño.

—Roque es un pedazo de bestia, Elsa. ¿Cómo puede gustarte?

Elsa Gilford empezó a ponerse pálida.

—Suéltame, Peter —murmuró, forcejeando.

—Cuando nos demos un par de besitos más.

—A Roque...

—A Roque lo mandamos a la porra y en paz.

—Peter... —susurró débilmente ella.

—Te has quedado sin color en las mejillas, Elsa. ¿Qué te sucede?

—Roque...

—¡Bah!, olvídate de ese cacho de mulo.

—No puedo, Peter... Está detrás de ti...

CAPÍTULO II

Peter Bevison se quedó de piedra.

Poco a poco, muy lentamente, se volvió.

A pesar de que había visto muchas veces a Roque Gutiérrez, otro camarero de la sexta planta, sintió frío en la espalda al encararse con él.

Roque era un calco del chino del taparrabos que aparecía en la película *Operación Camaleón*, pero en mexicano.

Igual de alto, igual de hercúleo, igual de bruto...

También lucía un generoso mostacho.

Peter tragó saliva con dificultad y forzó una sonrisa.

—¿Qué tal, Roque?

El mexicano, con un vozarrón que ponía los pelos de punta, inquirió:

—¿Te han sacado alguna vez el hígado por las fosas nasales, Bevison?

—¿Cómo...? —Respingó Peter—. ¡Oh, no, nunca!

—Yo me ocuparé de ello.

—¡Espera, Roque! ¿Por qué habrías de hacer algo así? —repuso Peter, soltando un gallo con la voz.

—Entre otras cosas, porque me has llamado cacho de mulo.

—Oh, no debes enfadarte por eso, Roque. Hay mulos muy listos y muy simpáticos...

El mexicano lo fulminó con la mirada.

—Entra en el cuarto de servicio. No quisiera manchar el suelo del corredor con tus vísceras machacadas.

Peter sintió que le flaqueaban las piernas.

—Deja en paz a Peter, Roque —intervino Elsa Gilford.

—Tú no te metas en esto, Elsa. Si no quieres ver cómo lo

convierto en picadillo, lárgate.

—No hay motivo para convertirlo en nada, Roque —replicó severamente la camarera.

—Me ha insultado.

—Cacho de mulo es una expresión que ofende muy poco. Olvídalo.

—Ni hablar.

—Yo sé lo que te pasa, Roque. Estás enfurecido porque viste cómo me rodeaba la cintura y me besaba, confíésalo.

Los ojos del musculoso mexicano destellaron.

—Sí, eso me sentó muy mal.

—Pues no tenías por qué. Todavía no soy tu novia.

—Pero lo serás muy pronto.

—Eso aún está por decidir. De momento, tú y yo sólo somos amigos. Y te advierto una cosa: si le causas algún daño a Peter, ni siquiera seremos eso.

Los dientes del mexicano rechinaron.

Con el rostro rojo de ira, masculló:

—Empiezo a comprender, Elsa. A ti te gusta Bevison.

La morena se ruborizó visiblemente, porque el mexicano había acertado de lleno. Trató de disimular:

—No digas tonterías, Roque. Entre Peter y yo no hay nada. Hemos salido juntos en alguna ocasión, pero él nunca me dijo que yo le gustara. ¿Me lo has dicho alguna vez, Peter?

Éste carraspeó.

—La verdad es que no...

—Ya lo has oído, Roque.

—Tengo ojos en la cara, Elsa, de nada os vale disimular. Si no le gustaras a Peter, no te habría besado. Y si a ti no te gustara él, no se lo habrías permitido. ¡Tú, Bevison, entra en el cuarto o te entro yo de una patada!

A Peter le entraron ganas de otra cosa: de echar a correr.

Pero no se atrevió a hacerlo, estando Elsa delante.

¿Qué pensaría ella al verle hacer una cosa así?

Se encomendó a Dios y entró en el cuarto de servicio, preguntándose si saldría por su propio pie o en camilla.

El encolerizado mexicano entró tras él.

Antes de que cerrase la puerta, Elsa Gilford se coló en la

estancia.

—¿Quieres ver cómo lo destrozo, Elsa? —sonrió siniestramente Roque Gutiérrez.

—Lo que quiero es impedir que lo mates.

—No pienso matarlo, pero sí dejarlo hecho un puro asquito.

Peter intervino, con mucha serenidad:

—No te será fácil, Roque.

—¿Cómo has dicho...?

—Que no me asusta tu cuerpo de elefante. Un amigo mío me enseñó esta tarde cómo defenderse de hombretones como tú. Se llama Bruno. En menos de cinco segundos se deshizo de un tiarrón que parecía que iba a comérselo crudo. Si quieres un consejo, Roque, da media vuelta y olvida lo sucedido. Aunque tú no lo creas, me caes bien. Y me dolería tener que mandarte a un hospital con varios huesos rotos.

El mexicano le miraba con la boca abierta, lleno de asombro.

También Elsa Gilford estaba perpleja.

Peter, que ya se creía Bruno *el Conquistador*, sacó el pecho con presunción. Mirándose las uñas de la mano izquierda, agregó:

—¿Qué decides, Roque? ¿Olvidamos el asunto y nos estrechamos las manos o la emprendo a golpes contigo?

El robusto mexicano bufó como un toro.

—¡Te voy a convertir eh una piltrafa, Bevison! —Relinchó, trotando hacia él.

—¡Encaja esto, excavadora! —gritó Peter, saltando hacia Roque, con la pierna derecha en alto.

Su intención era sacudirle un patadón en la frente, como hiciera el agente

XYZ-32

con el oriental del taparrabos, pero no pudo elevar tanto la pierna y le atizó en el centro del pecho.

Peter tuvo la sensación de que le había pegado a una bañera de mármol. Cayó al suelo y se retorció, cogiéndose el pie derecho.

—¡Me lo he fracturado, seguro! —gimió, con los ojos cerrados.

Las carcajadas del mexicano retumbaron en la estancia.

—¡Tienes menos fuerza en las piernas que un lactante, Bevison!

—¡Lo que pasa es que tú tienes un pecho de cemento!

—¡Ponte en pie, que te voy a desencolar!

—¡No me hables como si fuera un sofá!

—¡Arriba o te pisoteo, lagartija!

Peter se incorporó, con gesto de dolor.

Roque fue hacia él con los puños cerrados.

Peter retrocedió hasta que su espalda tropezó con uno de los armarios alineados en la pared.

El mexicano le soltó la maza derecha.

Peter brincó hacia su izquierda en el momento justo y el puño de Roque destruyó la puerta del armario, metiendo el brazo hasta el codo por el agujero causado.

Mientras Roque Gutiérrez maldecía por su fallo, Peter se le colocó detrás y le golpeó en la nuca con el filo de la mano.

El mexicano ni siquiera acusó el golpe, pero Peter Bevison se puso a dar chillidos, con la mano bajo la axila.

—¡Ay, ay mi mano...! ¡Tienes una nuca de acero, Roque...!

El mexicano sacó el puño del armario y se volvió hacia él, riendo desaforadamente.

—¡Tus músculos son de mantequilla, Bevison!

—¡Lo que sucede es que no estoy acostumbrado a pegarme con caballos!

—¡Ahora sabrás lo que es un puñetazo de hombre, cangrejo! — exclamó el mexicano, soltándole la zurda.

Peter se agachó velozmente y el puño de Roque rasgó el aire, produciendo un sordo silbido. Al fallar el golpe, el mexicano perdió el equilibrio y se fue al suelo, quedando boca abajo.

Peter Bevison le subió encima, sobre los riñones, y empezó a dar saltos, pero tampoco logró nada positivo.

Se retiró antes de que Roque le atrapara con sus manazas.

—¡Sal corriendo, Peter! —gritó la camarera.

—¡Eso nunca, Elsa, que el honor es algo muy serio!

—¡Roque te destrozará!

—¡No temas, no dejaré que me atrape!

Pero el mexicano sí consiguió atraparlo, elevarlo como si fuera una almohada y lanzarlo contra los armarios.

Peter se estrelló en ellos y cayó al suelo.

Roque lo puso boca abajo, se sentó sobre su espalda y empezó a dar saltitos.

—¡Que me vas a reventar, so animal! —chilló Peter.

—¡Eso, eso es lo que pretendo, Bevison!

—¡Seamos amigos, Roque!

—¡Jamás!

—¡Viva México! ¡Viva Pancho Villa! ¡Viva Roque Gutiérrez!

—¡No te librarás del castigo por decir esas cosas, Bevison!

Elsa Gilford, viendo perdido a Peter Bevison, atrapó una banqueta metálica y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza del mexicano.

Roque emitió un extraño ronquido y se venció hacia su izquierda, quedando inmóvil, con los brazos abiertos, de cara al techo.

Aunque nadie le impedía ya levantarse, Bevison no se movió.

La morena se arrodilló junto a él.

—¿Te encuentras bien, Peter...?

—No es momento para chistes, Elsa.

—Roque está inconsciente.

—Embalsamado tenía que estar, y todavía sería peligroso. Es el tipo más bestia que jamás me he echado a la cara.

—Debes salir de aquí antes de que se recobre.

—Estamos de acuerdo.

—Vamos, levántate.

—Que venga la grúa.

—Arriba, Peter, apóyate en mí.

—Estoy deshecho, Elsa. Debo tener las costillas a trocitos.

—Animo, yo te ayudaré a ponerte en pie.

Peter Bevison, apoyándose en la camarera, consiguió recuperar la vertical. Inmediatamente exclamó:

—¡Ay, Dios, cómo me duele todo!

—Intenta caminar, Peter.

—Ni con un par de muletas lo conseguiría. Tendrás que traerme una silla de ruedas.

—¡Oh, Peter, inténtalo, te lo ruego!

—Tendría que gritarme alguien: «¡Que viene Roque, Peter!».

—¡Que viene Roque, Peter!

—Oh, pero no en broma, Elsa...

—¡No es broma, Peter! ¡Roque se está levantando!

Peter Bevison dio un salto de gato y volvió la cabeza.

¡Era cierto, el mexicano se estaba incorporando!

¡Ya estaba en pie!

¡Ya avanzaba hacia él!

—¡Corre, Peter, corre! —suplicó Elsa.

—¡Como las balas! —exclamó Bevison, saliendo disparado del cuarto de servicio.

El mexicano no tardó más de cinco segundos en salir tras él.

Peter Bevison cruzó el corredor como un bólido de Fórmula 1, pero Roque Gutiérrez también corría que se las pelaba, a pesar de su enorme humanidad.

Peter tuvo una idea para librarse momentáneamente de aquel salvaje. Tan pronto como dobló hacia la derecha, se introdujo en la primera habitación y cerró rápidamente.

Se quedó con la espalda pegada, a la hoja de madera, resollando como un buey cansado.

Por la puerta del dormitorio apareció una pelirroja que estaba muy bien, cubriéndose con un salto de cama hartamente atrevido.

—¿Quién es usted?

—El camarero, señora.

—¿Qué hace aquí?

—El jefe del bar me dijo: «Peter, volando a la habitación 314». Y aquí me tiene, señora. ¿Acaso no es ésta la habitación 814...?

—Sí, pero yo no he pedido ningún camarero.

—A ver si fue su esposo.

—Mi esposo duerme desde hace más de una hora. ¿No oye cómo ronca?

—¿Eso son ronquidos...? —Respingó Peter—. Diablos, yo pensé que era el desagüe de la bañera, que no funcionaba bien...

La pelirroja sonrió.

—Ha estado usted muy acertado en la comparación, Peter.

—¿Quiere que le suba alguna cosa del bar, señora?

—No necesito nada, gracias.

—En ese caso, me voy. Buenas noches, señora.

—Quédese, Peter.

—¿Cómo?

—Que se quede —repitió ella, dejándose caer en el diván. Cruzó las piernas, sonrió con atrevimiento y añadió—: Charlaremos un rato, Peter.

Bevison carraspeó embarazosamente.

Tenía los ojos fijos en los prodigiosos remos de la pelirroja, visibles ahora casi en su totalidad.

—Lo siento, señora, pero me es imposible quedarme. El jefe del bar se enfadaría...

—Vamos, no sea tonto. Quédese, que no se arrepentirá.

—Bueno, tal vez, vuelva dentro de un ratito, ¿eh?

Peter abrió la puerta un palmo, pero la cerró al instante, porque a menos de cinco pasos se hallaba Roque Gutiérrez.

Afortunadamente, el mexicano estaba de espaldas y no le descubrió.

—Ya ha pasado el ratito, señora —dijo Peter, aproximándose al diván.

—Siéntese a mi lado, Peter.

—Ya estoy sentado.

—Más cerquita, hombre.

—Hala, más cerquita —rezongó Peter, dando un saltito hacia la pelirroja, con lo cual quedaron cadera contra cadera.

Ella le dedicó un abaniqueo de pestañas.

—¿No me encuentra atractiva, Peter...?

—Oh, sí, ya lo creo.

—Entonces, ¿qué espera para besarme?

Peter tosió.

—Verá, señora, por mi gusto empezaríamos enseguida con lo de los besos, pero es que si su esposo se despierta de pronto y nos pilla en pleno besuqueo, la vamos a tener gorda.

Ella le cercó el cuello.

—A mi esposo no lo despertaría ni el terremoto de San Francisco. Ha cenado como un vikingo, y cuando eso sucede, duerme después como un oso. Bésame, Peter...

—Señora...

La pelirroja unió su boca a la de Peter.

En aquel preciso instante, una voz tronó desde el dormitorio:

—¡Bicarbonato, Margaret!

—¡Mi esposo! —exclamó ahogadamente la pelirroja.

—¡Adiós, señora! —exclamó también por lo bajo Peter, saliendo como una flecha de la habitación 814.

Dio un suspiro de alivio al no encontrar al mexicano en el corredor. Caminó cautelosamente hacia el extremo derecho y asomó

la testa.

—¡Bevison!

—¡Roque!

—¡Espera, condenado! —bramó el mexicano.

—¡Que te espere tu tía!

Peter echó a correr, perseguido por el mexicano.

Como antes, se coló en una habitación para despistarlo, pero esta vez, en la 816, porque no quería nada con el tipo de los ronquidos ni con su desvergonzada mujer.

Se quedó como un bloque de granito al ver que un tipo le estaba apuntando con una pistola automática provista de silenciador.

Peter quiso decir algo, pero no le brotaron las palabras.

El individuo que le tenía encañonado, preguntó:

—¿Le gustan los riñones, amigo?

—¡Al jerez, muchísimo! —respondió al segundo Peter, muy nervioso.

El rostro del sujeto armado, hasta entonces duro y amenazante, se tornó amable y risueño.

Se guardó el arma y avanzó hacia Peter Bevison, diciendo:

—¡Me alegro de verte,

WS-5!

CAPÍTULO III

El hombre, no muy alto, pero corpulento, se detuvo ante Peter Bevison y le tendió la diestra, exclamando:

—¡Chócala, colega!

Peter, que se hallaba estupefacto, se la estrechó maquinalmente.

—¿Colega...? —balbució.

—¡Claro, ambos somos agentes del Servicio Secreto! Yo soy

KR-3.

Es un placer conocerte,

WS-5.

Peter Bevison seguía con la mente hecha un lío.

¿Quién sería realmente aquel tipo?

¿Un bromista? ¿Un loco? ¿Un agente secreto de verdad?

Peter se dijo que lo mejor que podía hacer era largarse cuanto antes de la habitación 816.

¡Oh, no podía largarse!

¡Roque Gutiérrezirrez andaría por el corredor, dispuesto a convertirlo en pasta para albóndigas!

Decidió quedarse unos minutos con el bromista, el loco, el agente secreto o lo que fuese aquel tipo de enérgica constitución.

—¿Qué decías...? —farfulló, procurando serenarse.

—Que es un placer conocerte,

WS-5.

—Lo mismo digo,

KR-3

—repuso Peter, forzando una sonrisa.

Él individuo le pasó el brazo por los hombros y lo empujó amistosamente hacia el interior de la habitación.

—He oído contar cosas geniales de ti,

WS-5.

—¿De veras?

—En la Operación Jilguero estuviste insuperable.

—¿Tú crees?

—Y si es en la Operación Tarántula, no digamos.

—Sí, mejor no lo digamos, no sea que nos oiga alguien.

—No te preocupes, nadie puede oírnos.

—¿Estás seguro? Mira que por donde menos se espera uno, aparece un micrófono escondido...

—Tranquilo,

WS-5.

He revisado la habitación centímetro a centímetro. No hay un solo micrófono.

—Por si las moscas, hablemos bajo. Recuerdo que cuando intervine en la Operación Merluza...

El tipo respingó cómicamente.

—Demonios, nunca había oído hablar de la Operación Merluza.

—Lógico, colega. Se llevó muy en secreto.

—Todas se llevan muy en secreto...

—Sí, pero ésta mucho más. Tanto, que ni el Servicio Secreto se enteró.

—Diablos —respingó de nuevo el sujeto—, sí que debió ser importante.

—Importantísima. Si llega a fallar, las dos Américas, la del Norte y la del Sur, habrían saltado hechas pedazos, el más grande, como tu cabeza.

—¡No...! —exclamó quedamente el interlocutor de Peter, con los ojos muy abiertos.

—Como lo oyes, colega.

—¿Y quiénes...?

—No me está permitido entrar en detalles,

KR-3,

hazte cargo.

—Sí, comprendo,

WS-5.

Bien, olvidémonos de la Operación Merluza y vayamos con la que nos ocupa ahora.

—¿Qué es...?

—La Operación Riñones al Jerez, naturalmente.

—Estupendo, a mí que me sirvan ración doble. Ya te he dicho antes que me encantan los riñones al jerez.

El tipo lanzó una carcajada.

—Diablos, tienes sentido del humor,

WS-5.

—En la vida hay que tener de todo,

KR-3.

—Oye, hablando de tener: has tenido una gran idea vistiéndote de camarero.

—¿Verdad que sí?

—Desde luego. No era fácil llegar hasta mí sin que te descubriesen los tipos que me han venido pisando los talones desde San Diego. Seguro que tienen vigilado el hotel.

—Conque sí, ¿eh?

—Pondría la mano en el fuego.

—Espera, ahora vuelvo.

—¿Qué?

—Voy a darles su merecido a esos tipos que se permiten vigilar hoteles ajenos.

Aprovechando el desconcierto del que decía ser agente

KR-3

del Servicio Secreto, Peter Bevison dio media vuelta y caminó rápido hacia la puerta.

Quería salir inmediatamente de la habitación 816.

Si el huésped de la misma era realmente un agente secreto, continuar cerca de él suponía correr un grave peligro.

Podían aparecer de pronto los individuos que le habían seguido los pasos desde San Diego.

O el auténtico

WS-5.

Prefería vérselas de nuevo con el bestia de Roque Gutiérrez antes que permanecer un solo minuto más en aquella habitación, la cual se le antojaba un barril de pólvora con la mecha encendida.

¡Había que largarse antes de que estallara!

Estaba a punto de abrir la puerta, cuando el tipo exclamó:

—¡WS-5!

Peter se quedó clavado y giró la cabeza.

—¿Sí,

KR-3?

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—Claro que sí. No consiento que nadie siga a un compañero mío. Ahora les diré yo a esos.

—Oh, basta de bromas,

WS-5

—rió el individuo, aproximándose a Peter. Volvió a llevárselo hacia el interior de la habitación, añadiendo—: Bien, colega, ya va siendo hora de que entremos de lleno en el asunto, ¿no te parece?

—Si te parece a ti...

—Voy a darte el sobre.

—¿Qué sobre?

—¿Qué sobre va a ser? Pues éste, naturalmente —dijo el tipo, sacando, de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, un sobre de color azul, lacrado en rojo.

Peter lo cogió, diciendo:

—¿Qué contiene, la paga extra de Navidad?

—Diablos, qué espíritu más bromista —volvió a reír el sujeto—. Demasiado sabes que se trata de la fórmula descubierta por el profesor Listorronsky.

—Por el apellido se deduce que ese profesor no tiene un pelo de tonto.

—Oh, basta de chistes,

WS-5

—repuso riendo el individuo.

—Teniendo en cuenta nuestra profesión, ¿qué sería de nosotros si no bromeásemos un poco de cuando en cuando?

—Sí, eso es verdad.

Peter Bevison se atusó una patilla.

—Dime,

KR-3,

¿para qué sirve la fórmula descubierta por el profesor Listorronsky?

—No me tomes el pelo,

WS-5.

Tú lo sabes tan bien como yo.

—Bueno, verás, es que últimamente ando un poco flojo de memoria. Con tantas misiones seguidas...

—Está bien —sonrió el tipo—, te lo recordaré. Sirve para elaborar un gas paralizante de efectos instantáneos.

—Oh, sí, ya recuerdo, el gas paralizante —cabeceó Peter—. Le echas un poco en la cara a alguien y lo dejas quieto como una estatua.

—Eso es. Y durante un buen rato, no puede ni siquiera pestañear. Ve y oye, pero su cuerpo no obedece las órdenes que le envía el cerebro.

—No hace mucho vi algo similar en una película de ciencia-ficción. Era muy emocionante, de veras.

—Ahora no se trata de ficción, sino de una auténtica realidad. Una realidad que le ha costado la vida al autor del descubrimiento: el profesor Listorronsky.

Peter elevó las cejas.

—¿Insinúas que se lo han cargado...?

—Sí. Le golpearon tan salvajemente para que revelara su fórmula, que no pudo resistirlo y perdió la vida.

—¿Sin decir nada...?

—Ni una palabra, seguro, porque de lo contrario los tipos que irrumpieron en su laboratorio privado y cometieron aquellas atrocidades con él, no habrían tenido necesidad de robar la fórmula, y la muestra del gas paralizante, que el profesor había entregado tan sólo unos días antes al Gobierno de los Estados Unidos para su custodia y empleo más conveniente. Afortunadamente, la Operación Riñones al Jerez se puso en marcha rápidamente y está cumpliendo su objetivo. El agente

FJ-4

consiguió rescatar el sobre, todavía lacrado, y la muestra del gas, aunque ello le costara la vida.

—¿FJ-4 ha muerto también...? —Galleó Peter.

El tipo cabeceó afirmativamente.

—Lo cazaron, con una ráfaga de metralleta, creyendo que llevaba encima la fórmula y la muestra del gas paralizante.

—¿Y ya no las llevaba?

—No, ambas cosas me las había entregado a mí apenas cinco minutos antes, en el lugar convenido. Yo vi cómo caía acribillado... Estuve a punto de salir y enfrentarme a tiros con ellos a pesar de que eran seis, porque en aquellos momentos no me importaba la

muerte. Sin embargo, supe contenerme y cumplir con mi deber, es decir, acudir aquí, a la habitación 816 del hotel Pacífico y esperarte a ti,

WS-5,

para entregarte lo que había recibido de manos de

Fj-4.

Ya tienes el sobre lacrado que contiene la fórmula. Toma también la muestra del gas. Y ahora, mucha suerte en la parte de la misión que te ha correspondido,

WS-5.

La vas a necesitar.

Peter Bevison se había quedado mirando como un idiota el pequeño pulverizador metálico que el tipo acababa de poner en su mano.

Después, alzó los ojos y los clavó en su interlocutor.

Inconscientemente, dijo:

—Cumpliré con mi deber, KR.—3, aunque me cueste el pellejo.

—Estoy seguro de ello,

WS-5.

—¿De qué me costará el pellejo...? —Pestañeó Peter.

—No, hombre; de que cumplirás con tu deber —sonrió el sujeto.

—Ah, bueno.

—Un abrazo, colega.

—Venga.

Se lo dieron, muy efusivo.

Peter se guardó el sobre y el pequeño pulverizador, giró sobre sus talones y se puso en movimiento, mientras creía estar oyendo las notas del himno de los Estados Unidos.

De pronto se quedó parado, con una pierna en alto.

Hizo girar la suela del zapato que tocaba el suelo y miró al tipo de forma extraña, como si lo viera por primera vez.

—¿Ocurre algo,

WS-5?

—Ya lo creo, señor. Tome, le devuelvo el sobre y el pulverizador.

El individuo se llenó de perplejidad.

—Pero...

—No hay «pero» que valga. Yo no puedo llevarme la fórmula ni

la muestra del gas paralizante, porque no soy el agente
WS-5.

El tipo agrandó los ojos.

—¿Qué broma es ésta,

WS-5?

—Nada de bromas, señor agente. Y deje de llamarme

WS-5,

se lo ruego. Mi nombre es Peter Bevison y soy empleado del hotel, un simple camarero. Si entré aquí de forma tan poco corriente, se debió a que me perseguía un elefante que sólo tiene dos patas. No, no crea que me estoy refiriendo a un elefante cojo, sino a Roque Gutiérrez, un compañero de trabajo que se pasa de animal. Quería atraparme y convertirme en mondadientes, pero logré burlarle colándome aquí. Le ruego que perdone todas las tonterías que dije antes, pero es que yo no sabía si usted era un bromista, un loco o un agente de verdad. Por eso le seguí la comente en todo. Admito que en ocasiones me pasé, como cuando le hablé de la Operación Merluza, pero sucede que soy un fanático de las películas de agentes secretos, y en algunos momentos de la conversación me creí un agente auténtico. Sabrá disculparme, ¿verdad? Muchas gracias, buenas noches.

Peter dio media vuelta y movió las piernas.

El agente

KR-3

lo retuvo, atrapándole por un brazo.

Sacó su pistola automática, una impresionante «Luger», como la de Bruno *el Conquistador*.

El rostro del agente secreto volvía a ser duro y amenazante.

A Peter Bevison se le puso piel de gallina.

—¿Qué..., qué le pasa, señor agente...? —balbuceó, casi sin voz.

—¿Cómo sabías la contraseña?

—Oh, yo no sé ninguna contraseña...

—Cuando te pregunté: «¿Le gustan los riñones, amigo?», tú respondiste: «Al jerez, muchísimo». Era la respuesta correcta.

—¿De veras...? —se asombró Peter—. Pues no fue más que una casualidad... Si llega usted a preguntarme si me gustan los riñones con setas, le hubiera dicho que no, se lo juro, porque les tengo manía a las setas. Y a los champiñones. Y a las monas. Y a los

nicos. Y a... ¡Oh!, perdone, ya no sé lo que me digo. Me pone muy nervioso su pistolón, ¿sabe?

El agente

KR-3

le miró de forma cortante.

—¿Cómo sé yo que no eres uno de ellos?

—¿De quiénes?

—De los que acabaron con el profesor Listorronsky y con

FJ-4.

—¡Pero si yo no soy capaz de acabar ni con una mosca!

—Eso tendré que...

El agente secreto se interrumpió, porque acababan de llamar a la puerta.

—¡Ya están aquí los de San Diego! —Galleó Peter, corriendo a esconderse detrás de un butacón.

CAPÍTULO IV

El agente del Servicio Secreto ya estaba apuntando hacia la puerta.

—¡Adelante! —Autorizó, con admirable sangre fría.

La puerta comenzó a abrirse.

Peter, que asomaba un ojo por el lado derecho del butacón, contuvo su función respiratoria.

Un hombre se dejó ver.

Era alto, fornido, algo más joven que el agente

KR-3.

No se inmutó al verse encañonado.

—¿Le gustan los riñones, amigo? —preguntó

KR-3.

—Al jerez, muchísimo —respondió el hombre que permanecía en el umbral de la habitación, esbozando una sonrisa.

El rostro del agente

KR-3

se iluminó.

—¡Adelante,

WS-5!

Apenas había movido la pierna derecha, el hombre a quien

KR-3

había llamado

WS-5

se llevó las manos al costado y lanzó un grito ahogado.

Entró en la habitación, con pasos trastabillantes, y cerró la puerta rápidamente.

—¡Me han cazado,

KR-3!

—exclamó, cayendo de bruces al suelo.

El agente

KR-3

corrió hacia su compañero y se dejó caer junto a él. Le dio la vuelta con cuidado y le desabrochó la chaqueta. La camisa tenía, en el lado izquierdo, un manchón de sangre que se iba agrandando por momentos.

—¡Malditos bastardos! —barbotó

KR-3,

con el rostro congestionado de rabia.

El herido, muy pálido ya, con los ojos semicerrados, murmuró débilmente:

—Para mí es el final,

KR-3...

—Llamaré al médico del hotel inmediatamente,

WS-5.

—Llegaría tarde...

—Tal vez no.

—No perdamos el tiempo tontamente,

KR-3...

Ambos sabemos que me quedan escasos segundos de vida...

Sí, el agente

KR-3

debía saberlo, porque no dijo nada.

—Tendrás que realizar tú mi parte de la misión,

KR-3...

—Lo haré, no te preocupes. ¿Dónde debías entregar el sobre lacrado y la muestra del gas?

El agente

WS-5

tosió, soltando una bocanada de sangre.

Su amarmolado rostro se contrajo.

Intentó responder, pero por su boca manchada de sangre sólo salían ahora sonidos raros e ininteligibles.

Él agente

KR-3

comprendió que su compañero iba a morir de un momento a otro.

—¡Habla,

WS-5,

haz un supremo esfuerzo! ¡Si no me dices dónde debías entregar el sobre y la muestra del gas, la Operación Riñones al Jerez fracasará!

Tras boquear varias veces,

WS-5,

con voz apenas perceptible, susurró:

—Hotel Bahía, San Francisco... Habitación 480... Pasado mañana, alrededor de las once de la noche, acudirá

OT-2

a recoger...

Fueron las últimas palabras pronunciadas por el agente

WS-5.

Tuvo un nuevo acceso de tos, se convulsionó y dobló la cabeza.

KR-3,

lentamente, se puso en pie.

—Bevison —llamó, mirando todavía el cadáver de

WS-5.

Peter, frío como un témpano, no respondió.

—¡Bevison!

El grito del agente

KR-3

hizo que Peter brincara tras el butacón.

—¿Sí...? —repuso, con un hilo de voz, asomando solo la cabeza.

—Sal de ahí.

—Oiga, señor agente, le juro por mi madre que soy un camarero de verdad. No tengo nada que ver con...

—Lo sé —le cortó

KR-3.

—¿Ya no piensa que soy uno de ellos...?

—No.

—Qué alivio.

—Vamos, aproxímate. Tengo que hablar contigo. Peter salió de detrás del butacón y se acercó al agente.

Éste le puso una mano en el hombro y le miró a los ojos.

—Necesito tu ayuda, Bevison.

—¿Mi ayuda...?

—Sí, muchacho. ¿Estás dispuesto a prestármela?

—¡Cuente conmigo!

—Toma el sobre lacrado y la muestra del gas.

—¡Rectifico: no cuente conmigo!

—Bevison...

—Lo siento, señor agente, pero no puedo ayudarle en eso. Antes aceptaría una caja de nitroglicerina que la fórmula del profesor Listorrnsky.

—Escúchame, muchacho.

—No logrará convencerme, se lo advierto.

El agente

KR-3

dio un suspiro.

—WS-5 ha muerto, Bevison.

—Ya lo sé.

—No podrá llevar a cabo su misión.

—Seguro que no.

—Yo debo ocupar su lugar.

—Eso me parece lógico.

—Sin embargo, tengo muy pocas posibilidades de sustituirle con éxito.

—¿Por qué?

—Tendré que enfrentarme sólo con los tipos que pretenden apoderarse nuevamente de la fórmula del profesor Listorrnsky.

—Llame a la policía, no sea tontorrnsky.

El agente secreto cabeceó en sentido negativo.

—La policía no debe intervenir en esto, Bevison. El descubrimiento del profesor Listorrnsky todavía no se ha hecho público, dada la trascendencia del mismo. La fórmula del gas paralizante y el pulverizador que contiene la muestra deben regresar a las cajas de seguridad del Gobierno, pero en el más estricto secreto.

—Yo no le diré a nadie lo que sé, le doy mi palabra.

—Bevison...

—¿Qué?

—Voy a intentar salir del hotel sin que me vean los tipos que desean la fórmula del gas paralizante.

—Seguro que lo consigue.

—Me temo que no, Bevison.

—No sea pesimista, hombre.

—Mi plan es el siguiente...

—¡Eh!, ¿por qué quiere hablarme de su plan?

—Porque tú tienes un importante papel en él.

Peter dio un respingo.

—Oiga, señor agente, ya le he dicho...

—No puedes negarte, Bevison.

—¡Claro que puedo!

—Tu país te necesita, muchacho.

—¿Mi país...?

—Los Estados Unidos.

—¿Cómo sabe que no soy turco? ¡O chino, o japonés, o ruso!

El agente

KR-3

sonrió.

—Antes dijiste que eras un fanático de las películas de agentes secretos, ¿no? Pues bien, ahora tienes la ocasión de vivir realmente una de esas fantásticas aventuras.

—¡A mí me gustan las aventuras fantásticas, pero en el cine, vistas desde una butaca, que es un sitio muy seguro!

—¿Sabes una cosa, Bevison? Tú tienes madera de agente secreto.

—¿Yo...?

—Se te nota enseguida, muchacho. Ya viste que incluso a mí lograste engañarme totalmente, en ningún momento sospeché que no fueras realmente

WS-5.

Peter exhibió una media sonrisa.

—Sí, eso es verdad. Logré pegársela...

—Bevison, tú eres camarero por accidente, no te quepa duda. Pero aún estás a tiempo de rectificar, de seguir tu auténtica vocación. En el Servicio Secreto andamos escasos de personal...

Peter subió las cejas.

—¿De veras...?

—Sí, muchacho.

—Diablos, creo que sí, que me gustaría pertenecer al Servicio Secreto.

—La ocasión se te presenta en bandeja, Bevison. Si intervienes en la Operación Riñones al Jerez, tendrás ya un pie en él.

Peter tragó saliva.

—¿Es muy peligroso lo que tengo que hacer?

—En absoluto, Bevison. Yo te entregaré ahora el sobre lacrado y la muestra del gas, saliendo a continuación de la habitación. Tú esperarás cinco minutos, y luego, tranquilamente, sin aparentar nerviosismo alguno, saldrás, te cambiarás de ropa y abandonarás el hotel.

—El jefe de personal me pedirá explicaciones...

—Invéntate alguna excusa. No puedes hablar del asunto con él ni con nadie, eso no lo olvides, Bevison.

—Descuide, señor agente.

—Deja de llamarme señor agente, ¿quieres?

KR-3

y tuteo, como antes. Si puede decirse que somos colegas...

—Oh, sí, casi lo somos ya —sonrió Peter, más animado.

—¿Tienes coche, Bevison?

—Qué más quisiera.

—¿Sabes conducir?

—¡Ah, eso sí! Tan bien como el brasileño Fittipaldi.

—Te daré dinero suficiente para alquilar un buen coche. Será lo primero que harás cuando salgas del hotel.

—¿Para qué necesito un coche?

—¿No oíste a

WS-5?

—No, lo siento. Hablaba tan bajito el pobre...

—Tienes que estar pasado mañana en San Francisco, hospedado en el hotel Bahía. Pero debes salir esta misma noche hacia allá.

—Si salgo esta noche, llegaré mañana...

—Sí, llegarás mañana. Pero no aparecerás por el hotel Bahía hasta última hora de la tarde de pasado mañana, ¿entendido?

—¿Por qué no puedo aparecer antes?

—Digamos que no es conveniente.

—Ya.

—Pedirás la habitación 480.

—¿Tiene terraza?

—¿Cómo?

—Preguntó que si tiene terraza.

—Ah, pues no sé.

—Si no tiene terraza, no la quiero. A mí me gustan con terraza.

El miembro del Servicio Secreto se pasó una mano por la cara.

—Bevison, tiene que ser la 480, tenga o no tenga terraza.

—¿Y si está ocupada?

—No lo estará, no te preocupes.

—Bien, supongamos que ya estoy en la habitación 480 del hotel Bahía. ¿Qué he de hacer?

—Esperar en ella, sin salir para nada. Alrededor de las once llegará el agente

OT-2.

Tú le preguntarás: «¿Le gustan los riñones, amigo?».

—Y él me responderá: «Al jerez, muchísimo».

—Eso es. Le entregarás el sobre lacrado y la muestra del gas.

OT-2 ya sabrá cuál es su misión. La tuya habrá terminado en el momento de la entrega. Dejas el hotel, subes al coche y regresas a Los Angeles. ¿Verdad que no es una misión demasiado difícil?

Peter se pellizcó un lóbulo.

—Tal y como lo cuentas, parece un juego de niños. Sin embargo,
FJ-4

y

WS-5

han perdido la vida...

—Y quizá yo también la pierda, Bevison, pero tu caso es diferente. Nadie sospechará que Peter Bevison, camarero del hotel Pacífico de Los Angeles, lleva en sus bolsillos la fórmula del profesor Listorrnsky; por lo tanto, es totalmente imposible que alguien intente arrebatarla. Los tipos que la persiguen creerán que sigo teniéndola yo, porque muerto

WS-5,

que era el hombre a quien debía entregársela...

—Sí, eso parece lógico. Pero si te atrapan, Dios no lo quiera, y no encuentran el sobre ni el pulverizador...

—Pensarán que los escondí en algún lugar de la habitación, pero nunca, de eso puedes estar seguro, que se los confié a un camarero del hotel.

—¿Y si te obligan a confesar la verdad?

El agente

KR-3

sonrió.

—Si me atrapan, ni una sola palabra saldrá de mis labios.

Hubo una pausa.

—¿Qué decides, Bevison?

—Acepto,

KR-3.

—¡Magnífico!

El agente secreto entregó a Peter el sobre y la muestra del gas.

También unos cuantos billetes.

Después se agachó sobre el cadáver del agente

WS-5,

se apoderó de su pistola, una «Luger» como la suya, y se la tendió a Peter.

Éste respingó nerviosamente.

—¿Para qué quiero yo la pistola de

WS-5?

—Podrías necesitarla, Bevison.

—¿No habíamos quedado en que mi misión no era peligrosa...?

—Oh, sí, pero ya conoces el refrán: «Hombre prevenido, vale por dos».

—Eso solía decir un amigo mío, pero ya lleva tres años enterrado.

El agente apretó los hombros de Peter.

—Suerte, Bevison.

—Gracias,

KR-3,

También yo te la deseo.

KR-3

tuvo un destello de emoción en los ojos.

Caminó hacia la puerta y la abrió con cautela.

Dio una ojeada al corredor, comprobó que no había nadie esperándole, se despidió con un gesto de Peter Bevison y desapareció.

Peter se guardó en los bolsillos el sobre lacrado, el pulverizador metálico, la pistola automática y el dinero.

Sus ojos tropezaron con el cadáver del agente

WS-5

y no pudo evitar un estremecimiento.

Los desvió rápidamente, para no aumentar el temor que ya empezaba a sentir.

En buen lío se había metido...
Mejor dicho: le habían metido.
Sí, el agente

KR-3

le había colocado en la Operación Riñones al Jerez casi sin que él se diera cuenta.

Ahora, ahora que empezaba a dársela, ya era demasiado tarde para negarse a colaborar, porque

KR-3

se había largado.

¿Por qué se le ocurriría entrar en aquella habitación?

¿Por qué no salió de ella inmediatamente, en vez de ponerse a jugar a agentes secretos con un agente de verdad?

Maldita sea...

Consultó su reloj.

Tan sólo habían transcurrido tres minutos.

Esperó otros dos, respiró hondo y se encaminó hacia la puerta.

Recordó que el agente

KR-3

le había aconsejado no aparentar nerviosismo y adoptó la expresión más serena que conocía.

Abrió la puerta.

Pegó tan gran brinco que casi tocó el techo con la cabeza.

—¡Bevison...!

—¡Roque...!

CAPÍTULO V

Evidentemente, Peter Bevison no tenía su día.

La mala fortuna había dispuesto que, al mismo tiempo que él abría la puerta de la habitación 816, Roque Gutiérrez pasase ante ella.

Por un instante, ambos se quedaron paralizados.

El mexicano fue el primero en reaccionar.

—¡Al fin te encontré, comadreja! —rugió, alargando la zarpa derecha.

Peter, saliendo de su estupor, dio un salto hacia atrás, al tiempo que cerraba la puerta de golpe.

Roque bramó como una res, porque Peter le había pillado el antebrazo con la puerta.

Peter aflojó un poco la presión que ejercía sobre la misma, permitiendo con ello que el mexicano retirara el antebrazo.

Al segundo la cerró, corriendo rápidamente el pasador.

A través de la hoja de madera llegaban los quejidos, las maldiciones y las blasfemias que emitía a borbotones el encolerizado Roque.

Peter no sabía qué hacer.

No podía permanecer más tiempo en aquella habitación, porque si los tipos que andaban tras la fórmula del gas paralizante cazaban al agente

KR-3,

y no se la encontraban encima, no tardarían en aparecer por allí dispuestos a registrarla de arriba abajo.

Pero tampoco podía salir, estando el animal de Roque al otro lado de la puerta. Y el mexicano, con lo rabioso que estaba, era capaz de esperarle en el corredor hasta que se hiciese de día.

Eso si no le daba por cargar contra la puerta y convertirla en astillas, que de un bestia como Roque todo podía esperarse.

De pronto, Peter tuvo una idea: la terraza.

Por ella podría saltar a una de las habitaciones contiguas.

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la terraza, se encaramó a la tapia de la izquierda, que estaba recubierta de plantas, y se dejó caer al otro lado, procurando hacer el menor ruido posible.

Silenciosamente, caminando encogido, se acercó a las puertas que comunicaban con la habitación, las cuales, afortunadamente, permanecían entreabiertas.

Peter las empujó con sumo cuidado, pero a pesar de ello, los goznes emitieron un leve chirrido.

Al entrar en la habitación, percibió unos ruidos muy raros, como si alguien estuviese aserrando troncos.

Sin darle importancia al hecho, caminó hacia la puerta.

—Hola, Peter...

Bevison se quedó estático. Desvió la cabeza hacia la puerta del dormitorio y descubrió a la pelirroja Margaret, sin su atrevido salto de cama, tan sólo con un camisoncito que era la locura.

¡Qué fatalidad, se había colado en la habitación 814, la del tipo de los ronquidos!

La pelirroja, con andares de gata, se le acercó sonriendo.

—Te estaba esperando, Peter. Sabía que volverías en cuanto pudieras a terminar lo que tan sólo pudimos empezar.

—Oiga, señora...

Ella le rodeó el cuello con sus brazos y se pegó materialmente a él.

—Abrázame, Peter, muy fuerte.

—No puedo, señora, porque usted es una mujer casada.

—Como si no lo fuera. Mi esposo sólo sabe que roncar.

—Y de mil maneras distintas, no hay duda.

—Estoy esperando tus besos, Peter.

—Que se los dé el tronco.

—¿Cómo?

—O la sierra.

—¿De qué me hablas? —Parpadeó ella.

—Y yo qué sé. Siempre digo disparates cuando me pongo nervioso.

—¿Te pongo yo nervioso, Peter...?

—Mujer, como me ha salido tan fresquita...

La pelirroja le selló la boca con un beso y ronroneó:

—Vamos al diván, Peter.

—Vaya usted delante, que yo iré después.

La pelirroja empujó y Peter tuvo que retroceder.

Los dos cayeron en el diván, pero ella se las arregló para quedar sobre él, porque no estaba dispuesta a que se le escabullera.

Peter intentó quitársela de encima, pero la pelirroja amenazó:

—Quieto, Peter, o gritaré diciendo que estás intentando abusar de mí.

—¿No le parece que está sucediendo lo contrario?

—¿Eres un hombre o no eres un hombre, Peter?

—Claro que lo soy, pero no con las mujeres de los demás. Me pongo en el lugar de su marido y...

—Eso es precisamente lo que quiero yo, Peter: que te pongas en el lugar de mi marido.

—Claro, y si nos pilla y me rompe la cara, ¿quién me compra una nueva?

—No nos pillaré, Peter. Mi marido tiene el sueño pesado.

Bevison, en vista de que no había manera de librarse de aquella ardiente pelirroja, dijo:

—Me ha convencido usted, señora: se la pegaremos a su esposo. Pero antes quiero que me dé su opinión sobre este perfume que he comprado para obsequiárselo a una amiga mía.

—Con mucho gusto —dijo ella, mirando el pequeño pulverizador que acababa de sacar Peter—. Échame un poco a la cara.

—Ahí, ahí pensaba echárselo yo, a la cara —repuso Peter, accionando el dispositivo que daba salida al gas paralizante.

A pesar de que sólo expulsó una pequeña cantidad, la pelirroja Margaret se quedó más quieta que una estatua.

Peter la miró boquiabierto.

—Eh, señora, que se ha quedado tiesa...

La «señora» continuó como un bloque, con los ojos fijos en él.

Peter se hizo a un lado, para ver si la pelirroja le seguía con la mirada, pero no fue así.

«Por todos los diablos, sí que resulta efectivo», pensó Peter, al

observar que la pelirroja ni siquiera podía mover las bolas de los ojos.

Se levantó, guardándose el pulverizador.

Acostó a la pelirroja en el diván y le cerró los ojos, para que diera la impresión de estar dormida.

El marido continuaba roncando que era un gusto.

Peter se aproximó a la puerta y la abrió apenas un par de centímetros, aplicando el ojo derecho al resquicio.

Roque seguía en el corredor, con fiera expresión.

«Bien, tendré que librarme de él por piernas», se dijo Peter.

Salió de un salto al corredor y le dio a las extremidades inferiores.

El mexicano, que no esperaba verle aparecer por otra puerta que no fuera Ja de la habitación 816, tardó varios segundos en salir de su sorpresa, lo cual le vino muy bien a Peter para sacarle una buena distancia.

Roque salió de su estatismo y partió como una exhalación en persecución de Peter Bevison.

Éste se encontró con Elsa Gilford.

—¡Peter!

—¡Procura entretener al camello de Roque, Elsa!

—¡Viene persiguiéndome! —gritó Bevison, sin dejar de correr.

Segundos después entraba en el cuarto de servicio, cerrando la puerta inmediatamente. Se cambió de ropa en un santiamén. Estaba colocándose en su chaqueta de calle las cosas que le diera el agente KR-3,

cuándo Roque Gutiérrez entró, convertido en una tempestad.

—¡Esta vez no tienes escapatoria, Bevison!

Peter, con el pulverizador en la mano, advirtió:

—Déjame salir, Roque. Tengo algo que hacer y es muy urgente.

—¡Yo también tengo algo urgente que hacer, Bevison: destriparte! —Mugió el mexicano, empezando a caminar lentamente hacia él, con los brazos extendidos, para impedir que se le escapara por un lado.

Peter retrocedió, diciendo:

—No seas albaricoque, Roque. ¿No ves lo que tengo en las manos?

—¡Dentro de unos segundos no tendrás manos!

—¡Con esto puedo inmovilizarte, pedazo de tarugo!

—¡A mí no me inmovilizan ni con cadenas!

—¡Quieto o te almidono, Roque!

El mexicano no se detuvo.

Peter utilizó de nuevo el gas paralizante.

Roque Gutiérrez se quedó quieto al instante, con los brazos abiertos, las piernas flexionadas, como si fuera a saltar sobre alguien.

Peter Bevison, cada vez más maravillado por los increíbles efectos del gas descubierto por el profesor Listorrnsky, lanzó un silbido y murmuró:

—Esto es necesario verlo para creerlo... Una mole como Roque, frenada en seco en una fracción de segundo...

Se apresuró a guardarse el pulverizador, porque alguien se acercaba corriendo.

Elsa Gilford irrumpió en la estancia con gesto de temor.

Peter, fingiendo no haber reparado en ella, le soltó un castañazo al mexicano, exclamando:

—¡Chúpate ésta, Roque!

El mexicano cayó como un tabique, todo de una pieza.

Se quedó boca arriba, con las piernas arqueadas, los brazos sin tocarle al suelo.

—Esta vez he ganado yo, Elsa —sonrió Peter.

—¿Cómo has conseguido tumbar a Roque...? —inquirió la morena, llena de estupefacción.

—He sabido encontrarle el punto flaco, eso es todo. Las enseñanzas de mi amigo Bruno no cayeron en saco roto.

Elsa Gilford apuntó al mexicano con un dedo.

—¿Por qué se ha quedado así...?

—Oh, no lo sé, pero eso lo arreglo yo enseguida.

Peter se acercó al mexicano, le estiró brazos y piernas y le bajó los párpados.

—Hale, a dormir a pierna suelta, Roque, que la noche empieza ahora —dijo, dándole unas palmaditas en la mejilla.

—¿Por qué te has puesto la ropa de calle, Peter?

—Tengo que hacer algo, Elsa.

—¿El qué?

Peter suspiró tristemente.

—Acudir al entierro de mi abuela.

La camarera abrió la boca de par en par.

—Peter... —musitó.

—Sí, Elsa —cabeceó él—. Mi abuela ha estirado la pata.

—Te acompaño en el sentimiento, Peter...

—Gracias.

—¿Cuándo...?

—Acabo de recibir un telegrama de San Francisco. Mi deber como nieto es dejarlo todo y asistir al sepelio, ¿no crees?

—Por supuesto.

Peter la tomó por la cintura y la besó en los labios.

—Oh, Peter —pestañeó la morena—, ¿a qué viene esto?

—He oído decir que da buena suerte besar a una chica bonita antes de salir de viaje. Adiós, Elsa. Cuida del mulo de Roque.

Bevison caminó hacia la puerta.

—¿Cuándo volverás, Peter?

—Si todo sale bien, dentro de tres días.

Elsa Gilford volvió a pestañear.

—¿Si todo sale bien...?

—Verás, Elsa, es que mi abuela siempre fue muy testaruda. Y como le dé por no dejarse enterrar...

Peter Bevison salió del cuarto de servicio, dejando absolutamente perpleja a la morena Elsa.

CAPÍTULO VI

La habitación era vieja y estaba desprovista de muebles.

Tan sólo una silla, en el mismo centro.

Un hombre la ocupaba.

Tenía las piernas atadas a las patas delanteras y los brazos al respaldo.

Dos individuos le flanqueaban y un tercero se hallaba ante él.

Ya le habían recetado media docena de golpes en el rostro.

Sangraba por la boca, por la nariz, por el pómulos derecho...

—¿Sueltas la lengua ya, agente? —le preguntó el tipo que se encontraba frente a él.

El agente

KR-3

no despegó los labios.

El puño derecho del fulano que se hallaba a su izquierda se estrelló en su cara.

El miembro del Servicio Secreto lanzó un grito ahogado, viéndose obligado a ladear la cabeza por la contundencia del golpe.

El tipo de la derecha le disparó la zurda.

KR-3

emitió otro quejido apagado.

El sujeto que tenía ante él le atizó en la mandíbula, obligándole a echar la cabeza hacia atrás.

El individuo que le pegaba desde la derecha le cogió el pelo y se lo estiró hacia abajo.

KR-3

tensó el cuello todo lo que pudo, doblando la cabeza tanto que sus ojos alcanzaban a ver la pared que tenía a sus espaldas.

Su torso formaba un pronunciado arco, quedando mucho

espacio entre su espalda y el respaldo de la silla.

—¡Ahora lo tienes bien, Stack! —exclamó el fulano que obligaba al agente secreto a permanecer en tan incómoda postura.

El sujeto que se hallaba ante

KR-3

sonrió jactanciosamente.

—No lo sueltes, Turner, que esta vez le va a doler de verdad.

Acto seguido le hundió el puño diestro en la boca del estómago.

El agente

KR-3

soltó un grito y se encogió lo poco que le permitía el individuo que lo tenía atrapado por el cabello.

Su contraído rostro adquirió un tinte violáceo.

—¡Buen golpe, Stack! —exclamó el tipo que se encontraba a la izquierda del agente.

—Gracias, McLeod.

—¡Que se repita! —pidió Turner.

—Con mucho gusto —sonrió Stack.

KR-3

recibió otro tremendo puñetazo en el mismo sitio.

Fue tan intenso el dolor que le produjeron aquellos dos golpes, que se desvaneció.

—Vaya, hombre, ahora va y se nos desmaya —rezongó Turner, soltándole el pelo.

—Era lógico, ¿no? —dijo McLeod—. Después de todo lo que le habíamos dado, los dos hachazos de Stack tenían por fuerza que acabar con su resistencia.

—Ve a la otra habitación y tráete un jarro de agua, McLeod —indicó Stack—. Hay que reanimarlo para seguir «trabajándole».

El llamado McLeod salió de la estancia.

—¿Tú crees que hablará, Stack? —preguntó Turner.

—Hombre, por nosotros no quedará.

—Estos tipos son muy duros.

—Sí, lo sé.

McLeod regresó con el jarro de agua y lo vació sobre la cabeza del agente secreto.

Stack lo atrapó por la camisa y lo zarandeó.

—Vamos, amigo, despierta, que la fiesta no ha hecho más que

empezar.

KR-3

dio nuevamente señales de vida.

—Buen chico, sí señor —dijo con ironía Turner—. Sabe que la fiesta no puede continuar sin él y se apresura a colaborar.

—¿Reanudamos la sesión, Stack? —inquirió McLeod.

—Primero le haremos la pregunta de rigor. ¿Estás dispuesto a hablar, agente?

KR-3,

mirándoles con desprecio, contestó:

—Podéis continuar golpeándome, ratas malolientes, pero no me arrancaréis una sola palabra.

Stack endureció los músculos del rostro.

—Tú lo has querido, amigo —masculló, levantando un puño.

Se disponía a descargarlo sobre la cara del agente, cuando un tipo de unos cuarenta y dos años, bien vestido, entró en la habitación.

Era Frank Duggan, el jefe de aquella pandilla de asesinos que con tanto ahínco trataban de apoderarse de la fórmula del gas paralizante.

—¿Ha cantado, muchachos? —inquirió con seriedad.

Stack sacudió la cabeza negativamente.

—No ha dicho nada, señor Duggan.

—Pues se ve muy deteriorado...

—Es que le hemos dado de firme —intervino Turner.

—Un tipo resistente, ¿eh?

—Sí, señor Duggan —confirmó McLeod—. Pero toda resistencia humana tiene un límite. Acabará por hablar.

—Lo mismo dijisteis del profesor Listorronsky, pero se fue a la tumba sin decir esta boca es mía.

Stack carraspeó ligeramente.

—Aquel viejo estaba tocado, señor Duggan. Prefirió dejarse matar a puñetazos antes que revelamos la fórmula del gas paralizante. ¿Y de qué le sirvió...? De nada, porque nosotros se la birlamos al Gobierno.

—¿Y de qué nos sirvió birlársela al Gobierno...? De nada, porque vosotros os la dejasteis birlar casi enseguida por aquel agente del Servicio Secreto, Ni siquiera llegó a mis manos.

—Sí, es verdad, el agente nos la arrebató. Por eso nos lo cargamos.

—¿Y qué? El ya no tenía la fórmula.

—Porque se la había pasado a éste.

—Pero ahora resulta que éste tampoco la tiene.

—Debe haberla escondido en algún lugar de la habitación. No pudo entregársela al agente que acudió a recogerla, porque también nos lo cargamos, así que...

—¿Seguro que os lo cargasteis, Stack?

—¡Y tan seguro! Le disparé tres veces y no fallé ninguna.

Hubo un silencio.

Frank Duggan miró duramente a

KR-3.

—¿Dónde escondiste la fórmula?

—Por nada del mundo lo revelaría —respondió el agente.

—Te conviene hacerlo.

El agente sonrió con sarcasmo.

—¿Me conviene...? Vamos, Duggan, no diga estupideces. En cuanto confesase dónde escondí la fórmula, me alojarían un par de balas en el corazón. Bueno, enseguida no. Esperarían a comprobar si les dije la verdad o les mentí: Mientras no tengan la fórmula, no me matarán. Por lo tanto, mi seguro de vida es mantener la boca cerrada. Y eso es lo que voy a hacer, Duggan: mantener la boca cerrada.

Frank Duggan apretó los maxilares con rabia.

—Tu obstinación va a proporcionarte muy malos ratos.

—¡Bah!, sus hombres no pegan tan duro como ellos creen.

Stack, Turner y McLeod miraron fieramente a

KR-3.

—Prepárate a recibir en cantidad —masculló el primero.

—¡Quietos! —ordenó Duggan—. ¿No os dais cuenta de lo que pretende? Quiere enfureceros para que le golpeéis con todas vuestras fuerzas y acabáis con él cuanto antes, con lo cual se ahorraría mayores sufrimientos. Y vosotros, estúpidos, estabais dispuestos a complacerle. ¿De qué nos serviría este hombre muerto?

Los matones se miraron entre sí.

—Tiene usted razón, señor Duggan —convino Stack—. Le golpearemos, pero con moderación, para que no se nos vaya como

el profesor Listorronsky.

—Así no soltará la lengua —rechazó Frank Duggan.

—¿Entonces...?

—Turner, tumba la silla.

El matón obedeció.

—Entiendo, señor Duggan —sonrió Stack—. En esa posición se está aplastando los brazos con su propio peso. Dentro de poco le dolerán horrores y hablará.

—No, Stack, la cosa no va por ahí. McLeod, quítale los zapatos y los calcetines.

McLeod lo hizo, muy intrigado.

También lo estaban Stack y Turner.

El agente

KR-3

apretó los dientes, porque los brazos empezaban a dolerle. El corazón le latió más deprisa cuando oyó decir a Frank Duggan:

—Stack, Turner, sacad vuestros encendedores y calentadle los pies. Veremos si también resiste eso.

El agente sintió un escalofrío al ver que Stack y Turner echaban mano de sus respectivos encendedores.

A una indicación de Frank Duggan, los matones iniciaron su tarea.

Los gritos de

KR-3

fueron desgarradores.

Sin embargo, se desvaneció sin darles la información que deseaban.

—Basta, muchachos —ordenó Duggan—. Se ha desmayado.

—Le reanimaremos —dijo Stack.

Pero no lo consiguieron.

—Parece que tiene para rato, señor Duggan —observó McLeod.

—Sí, ya lo estoy viendo —gruñó Frank Duggan.

—Tendremos que esperar —dijo Turner.

—Empiezo a creer que tampoco lograremos nada tostándole los pies —manifestó Duggan—. Y eso sería catastrófico para nosotros, porque nos quedaríamos sin la fórmula del gas paralizante y se irían al traste todos los proyectos que tenemos para hacernos inmensamente ricos en muy poco tiempo.

—Sí, sería lamentable, señor Duggan —convino Stack—, porque una oportunidad como ésta no suele presentarse dos veces en la vida. Usted era muy amigo del profesor Listorrnsky; tanto, que fue al único a quien mencionó su descubrimiento.

—Éramos grandes amigos, es cierto, pero a pesar de ello solo me confié que estaba trabajando en la elaboración de un gas de efectos increíbles. Cuando le pregunté qué clase de efectos eran éstos, se negó rotundamente a darme más detalles, alegando que no debía hablar de ello hasta no estar completamente seguro de que su fórmula no tenía fallo alguno. Muchos le creían un chiflado, un viejo lleno de fantasía... Yo no, yo siempre sospeché que el profesor Listorrnsky tenía ingenio, talento, un cerebro poco común. Por eso decidí colarme silenciosamente una noche en su casa, con el fin de descubrir cuáles eran los efectos de aquel misterioso gas de que me había hablado. El profesor se encontraba en su laboratorio, probándolo con algunos animales. Me quedé tan asombrado al ver cómo los paralizaba instantáneamente, que aquella misma noche tomé la decisión de apoderarme del maravilloso descubrimiento del profesor Listorrnsky.

—Y vino a hablarnos del asunto —recordó Stack.

—En efecto, necesitaba un grupo de hombres decididos a todo y por eso acudí a vosotros. Mi plan era bueno: robarle la fórmula al profesor y acabar con él, para que no pudiera revelar a nadie su descubrimiento. Yo también soy científico, como ya sabéis. Puedo elaborar el gas paralizante si dispongo de la fórmula. Pero llegamos tarde, porque el profesor ya la había entregado al Gobierno. Para colmo, se negó a revelarla. Y aunque luego nos hicimos con ella, empezaron los problemas, puesto que el Servicio Secreto entró en acción inmediatamente. Y el Servicio Secreto no es grano de anís.

—Con el Servicio Secreto también hemos podido, señor Duggan —dijo Turner—. Hemos liquidado a dos de sus agentes y liquidaremos a éste cuando tengamos la fórmula en nuestro poder.

—¿Y cuándo será eso, Turner...? —inquirió con ironía Duggan—. Nuestro amigo parece dispuesto a quedarse como un carbón antes que decirnos nada.

—Coward, Fellows y Lowery están en la otra habitación, jugando a las cartas —dijo Stack.

—Sí, los he visto al entrar.

—¿Por qué no los manda al hotel Pacífico? Que registren a fondo la habitación 816. Tal vez tengan suerte y encuentren la fórmula.

Frank Duggan se acarició la barbilla.

Estuvo casi un minuto sin decir nada, en actitud pensativa.

—¿Sabéis una cosa, muchachos...? No creo que la fórmula esté en la habitación que ocupaba el agente. Tampoco escondida en ningún otro lugar. Recuerdo que el agente dijo: «En cuanto confesase dónde escondí la fórmula, me alojarían un par de balas en el corazón». Es decir, que admitió haberla escondido en algún sitio. ¿Os dais cuenta del detalle...?

Stack, Turner y McLeod se miraron, pero ninguno de ellos habló.

Frank Duggan sonrió con suficiencia.

—Ya veo que no, zoquetes. Bien, os lo explicaré. El agente no hubiera admitido nunca haber escondido la fórmula si, realmente, lo hubiese hecho. ¿Por qué lo dijo entonces...? Está claro, muchachos: para hacernos perder el tiempo con él, mientras la persona a quien entregó la fórmula la lleva a su destino.

Stack se rascó la cabeza.

—Eso que usted dice no es posible, señor Duggan...

—¿Por qué no, Stack?

—Demonios, porque nos cargamos al agente que debía recibir la fórmula...

—Evidentemente, se la debió entregar a otra persona.

—No pudo hacerlo, señor Duggan —aseguró Stack—. Cuando le vimos entrar en la habitación 816, Turner y yo ocupamos la 811 y vigilamos constantemente. No salió para nada. Y sólo el tipo que nos cargamos acudió a hablar con él. Estará usted de acuerdo con nosotros en que, cuando el agente ocupó la habitación 816, llevaba la fórmula...

—Por supuesto, Stack.

—Pues bien, tan pronto como salió de ella, Turner y yo fuimos tras él. No se detuvo a hablar con nadie. Y cuando salió del hotel, Coward, Lowery, Fellows y McLeod cayeron sobre él sin darle opción a defenderse. Le registramos inmediatamente, pero no llevaba el sobre lacrado ni el pulverizador metálico. Tuvo que haberlos dejado escondidos en su habitación, señor Duggan, no le dé más vueltas.

Hubo una breve pausa.

—¿Seguro que no acudió nadie más a su habitación, Stack?

—Totalmente, señor Duggan.

—Bueno, para ser exactos —carraspeó Turner—, entró un camarero...

Stack hizo un gesto despectivo.

—No seas mequetrefe, Turner. ¿Qué tiene que ver el camarero en esto?

Turner se encogió de hombros.

—Hombre, yo...

Frank Duggan había entrecerrado los ojos.

—¿Decís que entró un camarero en la habitación del agente...?

Stack cabeceó en sentido afirmativo.

—Sí, señor Duggan, pero...

—Sois un par de majaderos, Stack.

—¿Cómo?

—Ese camarero es nuestro hombre.

Los tres matones se llenaron de asombro.

De pronto, Stack se echó a reír.

—Oh, no, señor Duggan, se equivoca usted. Aquel camarero tenía facha de todo menos de agente del Servicio Secreto, ¿verdad, Turner?

—Yo no he dicho que fuera un agente del Servicio Secreto, estúpido —repuso con severidad Frank Duggan—. Es más, estoy seguro de que no lo es.

Stack dejó de reír.

—Pero, señor Duggan, ¿cómo iba el agente a entregarle algo tan importante a un vulgar camarero del hotel...?

Los ojos de Frank Duggan se convirtieron ahora en rendijas.

—¿Ya os habíais cargado al otro cuando el camarero entró en la habitación?

—No...

La respuesta de Stack pareció desconcertar a Duggan.

—Pero continuaba dentro cuando sucedió... —comunicó Turner.

Frank Duggan rezongó una imprecación.

—Sois los tipos más inútiles que conozco.

Stack tosió ligeramente.

—¿Cree usted que el camarero...?

—Apostaría la vida. El agente, al ver caer muerto a su compañero, y sabiendo que le resultaría muy difícil no caer en nuestras manos, aprovechó la circunstancia de que el camarero se encontrara en su habitación, entregándole la fórmula con las instrucciones correspondientes.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señor Duggan? —quiso saber McLeod.

—Tratar por todos los medios de localizar a ese camarero. Tú y Lowery os quedaréis aquí con el agente. No le torturéis más, por el momento no es necesario. Si no damos con el camarero, volveremos a quemarle los pies. Stack, Turner, en marcha.

Frank Duggan salió de la habitación, seguido por Stack y Turner.

Los otros tres matones que completaban la pandilla continuaban jugando a las cartas.

—Tú abres, Coward —decía uno.

—Ya abrirá otro día —dijo Duggan, quitándole las cartas de las manos al que había hablado.

—¿Sucedo algo, señor Duggan...? —se extrañó el tipo.

—Nos vamos, Lowery. Tú quédate con McLeod, vigilando al agente. Coward, Fellows, seguidme.

El llamado Fellows preguntó:

—¿Adónde vamos, señor Duggan?

—Al hotel Pacífico.

CAPÍTULO VII

El rótulo del taller rezaba:

«Horton & Perkins.

Compraventa y alquiler de automóviles».

Peter Bevison entró.

Había un gran número de vehículos.

Un tipo grueso, de cabeza bastante desarrollada, se le acercó, limpiándose la grasa de las manos con un trapo. Llevaba puesto un mono de mecánico.

—¿Qué se le ofrece, amigo? —inquirió, sonriendo con amabilidad.

—Deseo alquilar un coche.

—¿Para cuántos días?

Peter, recordando que el agente

KR-3

le había entregado una generosa cantidad de dinero, respondió:

—Una semana.

—Muy bien. ¿Cuál le gusta más?

Peter, que va había puesto los ojos en un espléndido «Ferrari» rojo, lo señaló con el dedo, diciendo:

—Aquel de allá.

—Es uno de los más caros...

—No importa. Siempre que no se trate de un abuso, claro —puntualizó Peter.

—Oh, no, su precio es justo, teniendo en cuenta la categoría del vehículo. Venga, obsérvelo de cerca.

Peter siguió al gordo.

Efectivamente, el coche era una maravilla.

El empleado le invitó a que entrara en él y accionara la llave de

contacto.

Peter lo hizo y el poderoso motor del «Ferrari» rugió como un león.

—¿Qué le parece, amigo? —sonrió el empleado, asomando el melón por la ventanilla de la izquierda.

Peter lanzó un silbido admirativo.

—Me gusta, me gusta. Es muy parecido al de Bruno.

—¿Quién es Bruno?

—Un amigo mío que entiende más de coches que de faldas. Y eso que de faldas entiende más que Frank Sinatra, Dean Martin y Cary Grant juntos.

—Diablos, ya es entender —rió el cabezón.

Peter apagó el motor.

—Me lo llevo, amigo, aunque me pida usted la luna.

—Acompáñeme a la oficina, por favor.

Tras haber realizado los trámites correspondientes, Peter regresó al «Ferrari».

—Hasta dentro de una semana, amigo.

—Espere un momento, señor Bevison. Se me olvidaba algo.

—¿El qué?

—Fíjese en el indicador de la gasolina.

—Sí, ya veo que no queda mucha. Llenaré el depósito en la primera gasolinera que encuentre.

—No me refería a eso, señor Bevison —sonrió el empleado—. Empuje hacia adentro el cristal del indicador, como si pretendiera hundirlo.

—¿Y si me lo cargo?

—Oh, no se preocupe, no lo romperá.

Peter obedeció, aunque con cierto cuidado.

El cristal del indicador de la gasolina cedió apenas medio centímetro, muy silenciosamente.

Peter dio un respingo al ver que cerca del indicador, en la parte superior derecha, aparecía un hueco rectangular de unos quince centímetros de largo por cinco de ancho, bastante profundo.

—Por las barbas de un cosaco... ¿Qué es esto...?

—El departamento secreto del coche.

—Oiga, es algo fantástico...

—¿Verdad que sí?

—A mí me va a venir que ni pintado. ¿Cómo se cierra?

—Empujando la esfera del reloj eléctrico.

—Pero qué cosa tan sensacional —murmuró Peter, viendo cómo, al empujar la esfera del reloj, desaparecía el hueco tan silenciosamente como había surgido. Mirando al empleado, dijo—: Gracias por habérmelo explicado, amigo. Hasta dentro de una semana.

—Adiós, señor Bevison.

Peter puso en marcha el automóvil, saliendo a la calle.

Se detuvo después de haber recorrido unos doscientos metros.

—Ábrete, Sésamo —dijo, empujando el cristal del indicador de la gasolina.

El departamento secreto apareció.

Peter guardó en él la «Luger» del agente

WS-5,

el sobre lacrado y el pequeño pulverizador metálico.

Empujó la esfera del reloj eléctrico y el departamento se cerró.

—Sí, señor, ahora ya me siento más tranquilo —suspiró, poniendo nuevamente en marcha el «Ferrari».

Llenó el depósito en una estación de servicio y se dirigió hacia su casa, un modesto apartamento en el 344 de la calle Dalton.

Si tenía que permanecer dos días en San Francisco, necesitaba llevarse algunas cosas.

Minutos más tarde se hallaba en su apartamento, colocando lo necesario en un maletín, mientras pensaba en la Operación Piñones al Jerez.

¿Saldría bien?

Empezaba a creer que sí, que el agente

KR-3

tenía razón: nadie, absolutamente nadie, podía saber que la fórmula del profesor Listorrnsky estaba en su poder.

—¿Nadie...? —se preguntó temeroso, porque el timbre del apartamento se había puesto a sonar.

Tras el susto dado por el prolongado timbrazo, Peter se dijo que no debía alarmarse sin motivo.

¿Por qué pensar que se trataba de los tipos que perseguían la fórmula del gas paralizante?

Podía ser un amigo, un vecino, un despistado que se había

equivocado de puerta...

Peter hizo acopio de valor, se acercó a la puerta caminando sobre las puntas de los pies y aplicó el ojo a la mirilla.

Se quedó petrificado al ver a los dos tipos que esperaban al otro lado de la puerta.

¡Qué aspecto de matones tenían!

Naturalmente, como que eran Stack y Fellows.

El primero hundió la yema de su índice izquierdo en el timbre, haciéndolo sonar por segunda vez.

Transcurrió medio minuto y nadie acudió a abrir.

—El pájaro no está en la jaula, Stack.

—Puede que esté y no quiera abrirnos, Fellows.

Este compuso una mueca de escepticismo.

—Sería mucha suerte que estuviera dentro, ¿no crees?

—Como no sea así, podemos despedimos de obtener la fórmula, porque el agente no nos revelará nada, estoy seguro.

—¿Tú crees que el jefe está en lo cierto al sospechar que el agente le entregó el sobre y el pulverizador al camarero?

—En un principio no lo creía, Fellows, pero desde que el jefe de personal del hotel Pacífico nos dijo que Peter Bevison había pedido tres días de permiso para irse a San Francisco, a asistir al entierro de su abuela, todas mis dudas se disiparon como el humo: el camarero tiene la fórmula y la muestra del gas. Lo del entierro de su abuela es un cuento chino.

—¿Y lo de irse a San Francisco?

—Eso podría ser verdad. Tal vez sea en San Francisco donde Peter Bevison tenga que entregar la fórmula.

—¿No crees que estamos perdiendo el tiempo, Stack? ¿Por qué no destrozamos el cerrojo a tiros? —sugirió Fellows.

—Sí, tienes razón —aprobó Stack, quien al igual que su compañero empuñaba una «Magnum» provista de silenciador.

Efectuaron dos disparos cada uno.

Stack empujó con la mano y la puerta se abrió.

Había luz en el apartamento.

Los dos matones penetraron en él, cruzaron el pequeño recibidor y pasaron a la sala de estar. Ambos se quedaron quietos al descubrir al anciano que, abrigado con un batín acolchado, dormitaba en un butacón de grandes orejas, con la cabeza hundida sobre el pecho,

las manos bajo la manta que le cubría las piernas. Tenía el cabello completamente blanco. Entre la enorme barba, y el no menos enorme bigote, apenas sí se le veían unos centímetros de cara. Las gafas le colgaban de la oreja zurda, a punto de caérsele.

Stack rezongó:

—Creo que nos hemos equivocado de apartamento, Fellows.

—El jefe de personal del hotel Pacífico dijo que Peter Bevison vivía en el 344 de la calle Dalton, apartamento

28-C,

¿no?

—Sí, eso dijo.

—Pues entonces es aquí.

—¿Quién será el viejo?

—Qué sé yo. Algún familiar del camarero, supongo. ¿Lo despertamos y se lo preguntamos?

—Todavía no, Fellows. Primero registra el apartamento, por si hubiera alguien más aparte del viejo.

Fellows lo hizo, en muy poco tiempo.

—No hay nadie, Stack. Pero encontré esto sobre la mesilla de noche.

Stack se fijó en la fotografía que le mostraba su compañero.

—No nos hemos equivocado de apartamento, Fellows. Este tipo de la foto es Peter Bevison. Y la chica que está con él creo haberla visto también por la sexta planta del hotel, con uniforme de camarera.

—Es una morena muy atractiva...

—Sí, lo es. Pero no hemos venido a fijarnos en morenas más o menos atractivas, sino a tratar de localizar a Peter Bevison.

—Peter Bevison ya debe estar camino de San Francisco.

—Maldita sea —gruñó Stack—. Despertemos al viejo, a ver si sabe algo. Pero antes guardemos las armas, para no asustarle.

Stack y Fellows se aproximaron al anciano.

El primero apoyó su mano en el hombro del viejo y lo zarandeó.

—Eh, abuelo, despierte un momento.

El viejo se movió, refunfuñando:

—Diablos, ahora que tenía entre mis brazos a Raquel Welch y estaba a punto de besarla en los labios...

—Usted ya no está en edad de soñar esas cosas, abuelo —sonrió

Stack.

—Hombre, eso tiene gracia —gruñó el anciano—. ¿Acaso a los viejos tienen que gustarnos los canguros?

Mientras Stack y Fellows reían la réplica del viejo, éste sacó una mano de debajo de la manta y, con movimientos temblorosos, se colocó bien las gafas. Después de ocultar nuevamente la mano, miró a los matones arrugando los ojos.

—¿Cómo entraron ustedes en el apartamento, pollos?

—La puerta permanecía entreabierta —mintió Stack.

El anciano sacudió la cabeza.

—Este Peter, siempre tan distraído... Peter es mi nieto, ¿saben? Un modelo de muchacho, estupendo donde los haya.

—Sí, conocemos a Peter —dijo Fellows.

—Y hemos venido a hablar con él —añadió Stack.

—Oh, cuánto lo siento, muchachos, pero Peter no está en casa. Ni siquiera en la ciudad. Ha salido de viaje.

—¿A San Francisco, tal vez...? —inquirió con ironía Fellows.

—No, no, mucho más lejos. Va camino de Africa.

—¿Africa...? —balbucieron a un tiempo Stack y Fellows.

—Así es, muchachos. A Peter le apasiona la caza del pingüino.

Los matones respingaron a dúo.

—¿Pingüinos en Africa...? —farfulló Stack.

—En Kenia concretamente, a montones. Al menos, eso dice Peter.

Stack entornó los ojos y apretó las mandíbulas.

—En Africa no hay un solo pingüino, abuelo.

—¿De veras...? Oh, a lo mejor mi nieto dijo leones y yo entendí pingüinos.

—El viejo está chiflado, Stack —masculló Fellows.

—No lo creo. Tengo la impresión de que nos está tomando el cabello.

—¿Qué dice de camello...? —preguntó el anciano, llevándose una mano al oído.

—Sí, ahora hágase el sordo —gruñó Stack.

—¿Y para qué quiero yo hacerme gordo? —Repus el viejo.

—¡No he dicho gordo, sino sordo!

—Déjame a mí, Stack —dijo Fellows, sacando su «Magnum». Apoyó el extremo del silenciador en la frente del viejo y preguntó

fríamente—: ¿Ya oye mejor, abuelo?

—¡Oh, sí, perfectamente! —Galleó el anciano, bizqueando los ojos por la proximidad del arma.

—¿Dónde está Peter?

—No lo sé, de veras.

Fellows le miró gélidamente.

—Voy a repetirle la pregunta, abuelo, y como vuelva a responder que no lo sabe, apretaré el gatillo y los sesos le saldrán por las orejas. ¿Dónde está Peter?

—¿No me harán ningún daño si se lo digo...?

—Claro que no, abuelo —aseguró Stack, volviendo sonreír.

—¿Ni a Peter tampoco...?

—Tampoco, le doy mi palabra.

—Va camino de Las Vegas. En el hotel Nevada, habitación 399, tiene que esperar a un hombre y entregarle una cosa muy importante. No quiso decirme de qué se trataba, pero me rogó que no hablara con nadie de su repentino viaje a la ciudad de la diversión.

Los dos matones se miraron.

—¿Estará diciendo la verdad el viejo, Stack?

—No lo sé, Fellows. Pero hay un modo de averiguarlo: vendrá con nosotros a Las Vegas. Y como nos haya mentido...

El gesto de Stack fue tan expresivo que el anciano respingó con fuerza.

—¡Oh, les juro que no miento!

—Mejor para usted, abuelo —repuso Stack—. Vamos, levántese.

—¡No me lleven con ustedes, por favor! ¡Yo ya no estoy para viajes!

—Si está para soñar que abraza y besa a Raquel Wellch, también está para viajar. Arriba.

Entre Stack y Fellows levantaron al viejo.

Éste se encogió al instante, mientras la manta le caía al suelo.

—¿Por qué se dobla tanto, abuelo? —preguntó Stack.

—La edad, hijo. Cuando llegue usted a la mía, ya veremos cómo anda... Acérqueme el bastón, ¿quiere? Sin él no puedo dar un paso.

Stack lo vio sobre una silla, lo cogió y se lo dio al viejo.

—Gracias, hijo —dijo el anciano, dando un par de pasos vacilantes—. Ah, otra cosa. En el cajón de la mesilla de noche tengo

unas píldoras para el corazón. ¿Les importaría traérmelas? Podría necesitarlas durante el viaje...

—Ve por ellas, Fellows, no sea que se nos muera por el camino.

Fellows entró en el dormitorio.

El viejo se rascó una oreja y las gafas le cayeron al suelo.

—¡Oh!, mis gafas...

—Espere, yo se las recogeré.

Cuando Stack se agachó, el anciano le soltó un bastonazo en la nuca. El matón cayó de bruces, sin un gemido.

El viejo se apresuró a recoger las gafas y se las colocó.

Fellows regresó. Se llevó una sorpresa mayúscula al ver tendido a su compañero.

—¡Stack! ¿Qué ha pasado?

—¡Oh!, no lo sé, joven. Su amigo estaba a mi lado, hablando conmigo y de pronto, ¡zas!, se desplomó sin avisar. Qué cosa más rara, ¿verdad?

Fellows se arrodilló junto a Stack.

El anciano descargó el segundo bastonazo de la noche.

Fellows cayó sobre Stack, tan inconsciente como éste.

El viejo se quitó la peluca, la barba, el bigote, las gafas y el batín acolchado, dejándolo todo sobre el butacón.

—Diablos, pensé que ya no salía de ésta —dijo Peter Bevison.

Se acercó rápido al diván, atrapó el maletín que tenía oculto tras él y corrió hacia la puerta.

—He de darme prisa, porque estos fulanos no tardarán en despertar. Y como logren ponerme las manos encima...

Ya se encontraba en el pequeño recibidor, cuando dos tipos, pistola en mano, penetraron en el apartamento.

Eran Turner y Coward.

El primero, sonriendo macabramente, dijo:

—¿Dónde ibas con tanta prisa, Bevison...?

CAPÍTULO VIII

Peter se había quedado de una pieza.

Turner y Coward avanzaron hacia él, sin prisas.

Peter retrocedió, despacio también, con los ojos fijos en las automáticas que empuñaban los sujetos.

—¿Por qué no apuntan a otro lado, amigos? —dijo, tratando de sonreír, cosa que no consiguió.

—Porque queremos que, si se pierde alguna bala, se la encuentre tu pecho, Bevison —repuso Turner.

—Muchachos, que una bala en el pecho debe hacer mucha pupa...

—Seguro que sí —dijo Coward.

Los matones entraron en la sala de estar, descubriendo inmediatamente a sus dos compañeros en el suelo.

Turner, atirantando el rostro, inquirió:

—¿Los has matado, Bevison?

—Sólo están desvanecidos —balbució Peter.

—Coward, compruébalo.

El tipo se aproximó a Stack y Fellows.

—Sí, están vivos, Turner.

—Reanímalos.

Coward logró que sus compañeros se recobraran.

Lo primero que hicieron ambos fue llevarse las manos a la región occipital, donde tenían un chichón de considerable tamaño.

—¿Estáis bien, muchachos? —preguntó Coward, ayudándoles a incorporarse.

—Sí, creo que sí —gruñó Stack—. Condenado viejo... Cuando me incliné para recogerle las gafas... ¡Bevison! —exclamó con estupor, porque acababa de darse cuenta de la presencia del

camarero del hotel Pacífico—. ¿Dónde lo habéis cazado...?

—Aquí, cuando pretendía huir con su maletín —respondió Turner.

—¿Qué...? —Pestañeó Stack, incrédulo.

—El jefe se estaba impacientando por vuestra tardanza y nos ordenó subir a ver qué pasaba en el apartamento.

—¿A qué viejo te referías, Stack? —inquirió Coward.

Stack y Fellows cambiaron una mirada.

Descubrieron sobre el butacón el batín acolchado, la peluca postiza y todo lo demás, comprendiendo enseguida lo sucedido.

Stack, rojo de cólera, avanzó hacia Peter.

—¡Voy a quitarte las ganas de disfrazarte de viejo, Bevison!

También Fellows se fue hacia él, con iracunda expresión.

Peter se imaginó convertido en pedacitos y sintió frío.

—Eh, chicos, que yo sólo os di un golpecito de nada... —dijo, retrocediendo hacia la pared.

—Cuando acabemos contigo, no serás más que un pingajo —masculló Stack.

—Un despojo humano —gruñó Fellows, mostrando los colmillos.

—¿Por qué no lo arreglamos todo por las buenas, muchachos? Venga, aquí está mi mano, estrechadla sin rencor, que el perdón es algo maravilloso.

Pero Stack y Fellows no estaban para estrechar manos, sino para quebrantar huesos, triturar músculos, hundir costillas...

Ya tenían a su alcance a Peter, cuando éste exclamó:

—¿Seréis capaces de golpear a vuestro hermano...?

Stack y Fellows se quedaron parados, con gestos de claro desconcierto. También los rostros de Turner y Coward denotaban perplejidad.

Peter Bevison añadió:

—Sí, muchachos, no os extrañéis, soy vuestro hermano. Todos en el mundo somos hermanos, lo dice la Biblia. ¡Viva la paz! ¡Viva la comprensión! ¡Vivan los hermanos!

—¡A él, Fellows! —Ladró Stack.

—¡Leña para el camarero! —rugió Fellows.

Peter dio un brinco para evitar a los matones y se plantó sobre el diván. Stack y Fellows se lanzaron sobre él. Peter enarboló el maletín y lo descargó sobre la cabeza de Stack, gritando:

—¡Toma, hermano mío, para que aprendas a respetar los parentescos!

Stack se fue al suelo.

Peter le atizó una patada en la barbilla a Fellows, obligándole a correr hacia atrás soltando chillidos.

—¡Bienaventurados los que se quejan, porque ellos saben lo que es dolor! —exclamó, preparándose para zurrarle de nuevo con el maletín a Stack.

—¡Quieto o te acribillamos, Bevison! —amenazó Turner.

—¡Arroja el maletín y baja de ahí! —ordenó Coward.

Peter no tuvo más remedio que obedecer.

Stack y Fellows se tiraron sobre él y lo tumbaron en el diván.

Se disponían a molerlo a puñetazos, cuando Turner dijo:

—Esperad, muchachos. Comprendo que tengáis ganas de despellejarlo vivo, pero lo primero es recuperar la fórmula, ¿no creéis?

Stack debió pensar que su compañero tenía razón, porque indicó:

—Coward, registra el maletín. Seguro que la puso ahí.

—No perdáis el tiempo, no está en el maletín —dijo Peter.

—¡Tú a callar. Bevison! —rugió Stack.

Coward registró el maletín.

—Ni está el sobre lacrado ni está el pulverizador metálico.

—Ya os lo anticipé yo, cabezotas.

—¡Si abres la boca de nuevo, te dejo sin dientes! —amenazó Stack.

—Tranquilo, no diré ni pío.

—¡Coward, ayúdanos a desnudarlo! —indicó Stack.

Peter iba a protestar, pero miró a Stack y se le fueron las ganas, porque el matón parecía dispuesto a comérselo a dentelladas.

En pocos segundos se quedó sin ropa, tan sólo con los *slips*.

Los cuatro individuos se miraron extrañados.

—¿Cómo se explica esto, Stack? —masculló Turner—. Si se disponía a dejar el apartamento, era porque llevaba la fórmula encima, ¿no? ¿Cómo iba a largarse sin ella?

Stack no respondió, porque estaba pensando.

—¿Puedo vestirme ya, muchachos? —preguntó Peter.

Stack le envió una mirada furibunda.

—¿Qué has hecho con el sobre lacrado, Bevison?

Peter ya había reflexionado al respecto. No podía negar que tenía la fórmula del gas paralizante, porque no le creerían y le recetarían una buena ración de golpes para obligarle a confesar, cosa que no le convenía. Tampoco podía decirles dónde la tenía, porque una vez la obtuvieran, acabarían con él sin remordimiento alguno. La única solución era engañarles, con el fin de ganar tiempo, y esperar el menor descuido para aprovecharlo y escapar de sus garras.

—Lo tengo en el hotel Pacífico, escondido en un lugar seguro, junto con el pulverizador.

—¡Mientes!

—No, Stack, no miento. El agente secreto me dio ambas cosas, con el ruego de que las llevara a Las Vegas, donde ya os indiqué antes. Yo no quería aceptar, porque sospechaba que sería muy peligroso para mí, pero el agente no admitió mis negativas. Al fin le dije que sí, pero sólo para que se largase y me dejase en paz. Cuando él se fue, escondí el sobre y el pulverizador.

—¿En la habitación?

—No, en el cuarto de servicio. Cada empleado dispone de un pequeño armario para guardarse sus cosas.

—¿Dónde está ese cuarto de servicio?

—En la sexta planta.

—Tendrás que acompañarnos al hotel, Bevison.

—¿Vestido o en calzoncillos?

Stack echó un puño hacia atrás, para tomar impulso.

—¡No lo sueltes, Stack! —gritó Peter—. ¡Si entro en el hotel con señales de golpes en la cara, las cosas se complicarán!

—Eso es cierto, Stack —admitió Turner—. No conviene que le pegues.

Stack masculló un juramento y bajó el puño.

—Vístete, Bevison. ¡Y rápido!

Mientras Peter se colocaba la ropa, Turner observó:

—No me fío mucho de lo que nos ha dicho Bevison, Stack.

—Si nos ha engañado, sufrirá las consecuencias.

—Os he dicho la verdad, muchachos.

—Entonces, ¿por qué pediste tres días de permiso tan repentinamente? —interrogó Turner, con el ceño fruncido—. Si no

estabas dispuesto a llevar la fórmula a Las Vegas, no los necesitabas.

—El agente dijo que le iba a resultar muy difícil no caer en vuestras manos. Tuve miedo de que si eso sucedía, le hicierais confesar. Por ello creí conveniente largarme de la ciudad.

—Estás seguro de que el agente habló, ¿eh? —dijo Stack.

—Claro. De otro modo, no sabríais ni que existo.

—Pues te equivocas, Bevison. El agente, a pesar de los golpes y de la tortura, no te mencionó para nada. Pero como te vimos entrar en la habitación 816, sospechamos de ti.

—¿Le habéis matado?

—Todavía no. Pero lo haremos muy pronto.

—Cuando tengáis la fórmula del gas, ¿eh?

—Eres un tipo listo, Bevison. Vamos, en marcha.

Salieron los cinco del apartamento y bajaron a la calle.

Dos automóviles se hallaban aparcados detrás del «Ferrari» alquilado por Peter: un sedán negro y un «Chevrolet» azul.

Frente al volante del «Chevrolet» se encontraba Frank Duggan.

Turner entró y se sentó a su lado.

Peter fue obligado a sentarse en el asiento trasero del sedán, flanqueado por Stack y Fellows, mientras Coward ponía el motor en marcha.

Los dos vehículos arrancaron y cobraron velocidad.

Un rato después, se detenían cerca del hotel Pacífico.

Los seis hombres salieron de los coches.

Frank Duggan se aproximó a Peter y le sonrió.

—Conque tú eres Peter Bevison, ¿eh?

—Sí, señor. Y usted, por su forma de vestir, debe ser el jefe de estos angelitos, ¿me equivoco?

—No, muchacho, no te equivocas.

Peter extendió el brazo derecho.

—Me alegro de conocerle, señor.

Frank Duggan le estrechó la mano, ampliando su sonrisa.

—No pareces muy asustado, Bevison...

—Como que no lo estoy. Ha sido una suerte para mí que sus hombres me encontraran. El agente me puso en un aprieto, ¿sabe? Yo no quería que me entregara la fórmula.

—Sí, Turner me ha puesto al corriente. La guardaste en el hotel

porque no querías llevarla a Las Vegas.

—Exacto. Y me preocupaba mucho tenerla escondida. Por eso digo que ha sido una suerte para mí que sus hombres me encontraran. Yo les entrego la fórmula y me quito una preocupación de encima.

—Oh, desde luego.

—Pero me queda otra preocupación, ¿sabe?

—¿Sí?

—¿Qué harán sus hombres conmigo cuando les haya entregado el sobre lacrado y el pulverizador?

—Nada, muchacho, te doy mi palabra.

—¿De veras...? Mire que Stack y Fellows se pasan de bestias...

—Puedes estar tranquilo, Bevison; mis hombres no te causarán ningún daño. Cuando nos hayas entregado la fórmula, nos olvidaremos de ti. Pero tienes que prometernos que no hablarás con la policía, ¿de acuerdo?

Las palabras de Frank Duggan olían a falsas por los cuatro costados. Y su sonrisa, era la más cínica que Peter viera jamás.

«Menudo bicho estás tú hecho, compadre», pensó Peter, pero respondió:

—Le juro que no hablaré con la policía. Además, ¿qué podría decirles, que unos tipos me robaron un gas que deja tiesas a las personas? Me tomarían por loco y me llevarían al manicomio.

—Un razonamiento muy sensato, Bevison —rió Duggan—. Bien, no perdamos más tiempo. Muchachos, acompañad a Peter Bevison.

Los cuatro matones empujaron a Peter. Éste observó:

—Oiga, señor, si me acompañan los cuatro llamaremos la atención. Y como el jefe de personal se ponga a hacer preguntas...

—Sí, creo que tienes razón —reconoció Duggan—. Stack, Turner, id con él. Vosotros dos quedaos conmigo.

Stack y Turner se llevaron a Peter.

Frank Duggan ordenó:

—Fellows, Coward, a la calle de atrás. Vigilad la puerta de servicio del hotel.

—¿Teme que Bevison intente escapar? —inquirió Coward.

—Espero que Stack y Turner no le den oportunidad, pero por si acaso, quiero tomar precauciones.

—Muy bien, señor Duggan —dijo Fellows.

Éste y su compañero se alejaron, perdiéndose por una esquina.

Frank Duggan regresó al «Chevrolet» y permaneció atento a la salida principal del hotel.

Entretanto, Peter, Stack y Turner caminaban hacia uno de los ascensores. Peter iba materialmente prensado por los dos matones.

—Empiezo a sentir complejo de salchicha, muchachos.

—Cierra la boca y sigue caminando —gruñó Stack.

Un tipo les salió al paso, con gesto de extrañeza.

Era Charles Yorkin, el jefe de personal.

—Pero, Bevison...

—Hola, señor Yorkin —carraspeó Peter.

—¿No te ibas a San Francisco, al funeral de tu abuela...?

Peter sintió sobre el riñón izquierdo la presión del cañón de la «Magnum» que, oculta en el bolsillo de la chaqueta, empuñaba Stack. Tosió y dijo:

—Oh, verás, señor Yorkin, es que olvidé algo muy importante en mi armario: la billetera. Con las prisas, ya se sabe.

—Sí, claro.

Stack rezongó:

—No perdamos más tiempo, Bevison, o llegaremos tarde al entierro de tu querida abuela.

Peter se vio empujado por los matones y tuvo que mover las piernas. Entraron en el ascensor. Turner apretó el botón de la sexta planta y el artefacto mecánico se puso en movimiento.

Ya en la sexta planta, Stack gruñó:

—¿Dónde está el cuarto de servicio?

—Al final, a la derecha.

—Muévete —masculló Turner.

Se pusieron en marcha.

Peter se estrujaba el cerebro pensando en la forma de escapar.

No le habían dado ninguna oportunidad desde que le cazaron en su apartamento.

Ya faltaban pocos metros para alcanzar el cuarto de servicio.

Cuando Stack y Turner comprobaran que la fórmula no estaba en el armario, lo iba a pasar mal.

¡Tenía que encontrar una solución!

Entraron en el cuarto de servicio.

—¿Cuál es tu armario? —interrogó Stack.

—Ése.

—Ábrelo —ordenó Turner.

Peter sacó una llave y abrió el armario.

Atrapó su chaqueta de camarero y registró los bolsillos.

De pronto dio un fuerte respingo, exclamando:

—¡No está el sobre!

—¿Qué...? —rugió Stack.

—¡Ni el pulverizador! ¡Me han robado la fórmula y la muestra del gas!

Stack, lo atrapó por las solapas y le acercó la cara.

—¿Quién crees que ha podido ser?

—¡El tipo que me vio guardar ambas cosas, seguro!

—¿A qué tipo te refieres? —Ladró Turner, cogiéndole por el pelo.

En aquel preciso instante se escuchó un mugido de hipopótamo.

Los tres volvieron los ojos hacia la puerta.

—¡A ése, a ése me refiero! —gritó Peter, apuntando con el brazo a Roque Gutiérrez.

CAPÍTULO IX

Sí, el mexicano estaba allí, cubriendo la salida del cuarto de servicio con su enorme corpachón.

Peter se decía que la inesperada aparición de Roque era un milagro del cielo. Si conseguía que los matones se liasen a castañazos con el mexicano, pobres matones...

—¿Qué has hecho con la fórmula, Roque? —exclamó.

—¿De qué me hablas? —se desconcertó momentáneamente el mexicano.

—¡Tú la cogiste de mi armario, lo sé! ¿Dónde la tienes guardada?

—¡Déjate de historias, Bevison! —Relinchó Roque—. ¡A mí lo que me interesa es deshuesarte lo antes posible!

—¡Stack, Turner, a él antes de que huya! —ordenó Peter, como si fuera el jefe de la banda—. ¡Hemos de lograr que confiese dónde escondió el sobre y el pulverizador!

—¡Ah!, te refieres a eso que me echaste a la cara, ¿eh?

—¿Lo veis...? ¡Y decía que no sabía nada!, ¡a él, a él, a él!

Stack y Turner se desentendieron de Peter y avanzaron hacia Roque Gutiérrez.

—Devuélvenos la fórmula, grandullón —masculló Stack.

—O tendremos que darte una buena paliza —gruñó Turner.

El mexicano lanzó una carcajada burlona.

—¡Con vosotros no tengo ni para empezar, fantoches!

Stack le atacó por la derecha.

Turner lo hizo por la izquierda.

No les sirvió de nada, porque Roque los atrapó por el cuello e hizo entrechocar sus cabezas de forma estremecedora.

Ambos pusieron los ojos en blanco y se desmoronaron.

Peter dio un salto de alegría y corrió hacia el mexicano.

—¡Bravo, Roque, estaba seguro de que no me fallarías!

El mexicano no dijo nada, pero cuando Peter se disponía a darle un abrazo, le empujó el pecho con una sola mano.

Peter salió hacia atrás como disparado por un mortero.

Se estrelló contra la pared y cayó al suelo.

—Pero ¿qué demonios te pasa, Roque...?

—¡Te voy a desmontar, Bevison!

Peter se puso rápidamente en pie, porque el mexicano avanzaba hacia él dispuesto a cumplir su amenaza.

—Te suplico que me escuches, Roque.

—¡Sólo quiero escuchar tus quejidos!

—Estoy en serias dificultades.

—¡Claro que sí! ¡Y no vas a poder superarlas!

—No me refería a ti, sino a esos tipos.

—Tus amigos duermen como benditos.

—No son mis amigos, Roque, te lo juro. Pensaban matarme después de que les entregara la fórmula. Por eso me largué del hotel, pero ellos me encontraron y me trajeron aquí a la fuerza, creyendo que la fórmula estaba en mi armario.

—¿Y no estaba? —Gruñó Roque, a medio metro escaso de Peter.

—No, la tengo escondida en lugar seguro, fuera del hotel.

El mexicano estiró el brazo y le atrapó el cuello.

—¿Por qué les dijiste que la tenía yo?

—No pensarás ahogarme, ¿verdad, Roque? —balbució Peter.

—Contesta.

—Bueno, verás, como tú eres muy fuerte, pensé que si los lanzaba contra ti no te sería difícil dejarlos fuera de combate. Era mi única salida, Roque, compréndelo...

La mano de Roque Gutiérrez se cerró más sobre el cuello de Peter.

—Roque, que sólo tengo un gaznate...

—Me debes muchas cosas, Bevison. Los besos a Elsa, pillarme el antebrazo con una puerta, echarme aquello a la cara que me dejó paralizado, el castañazo que me atizaste después...

—Besé a Elsa porque ella me gusta, Roque, aunque es verdad que nunca se lo he dicho... En cuanto a lo demás, de algún modo tenía que defenderme de ti... Y si te pegué un puñetazo cuando ya

estabas paralizado fue para evitar que Elsa te viera tieso como un poste e hiciera preguntas. No quería hablarle del misterioso contenido del pulverizador para no comprometerla. Estos individuos no se andan por las ramas, Roque. Que yo sepa, ya han matado a tres personas.

El mexicano aflojó la presión de su férrea mano, pero no soltó el cuello de Peter.

—¿Cómo llegó a tu poder ese pulverizador, Bevison? —interrogó, con el entrecejo fruncido.

—Sería muy largo de explicar, Roque. Sólo te diré que se trata de un importantísimo descubrimiento científico que estos fulanos robaron al Gobierno de los Estados Unidos. Por un cúmulo de circunstancias, debo ser yo quien se lo lleve a cierta persona que se ocupará de devolverlo secretamente al Gobierno. Y me lo están poniendo muy difícil, no creas. Si no llegas a aparecer tan oportunamente...

El mexicano le soltó el gaznate, rezongando:

—Maldita sea. Con las ganas que tenía de romperte el esqueleto...

—Gracias por contenerte, Roque —sonrió débilmente Peter, pasándose la mano por el cuello.

—Fuera de mi vista, Bevison, antes de que me arrepienta.

—Te aconsejo que vengas conmigo.

—¿Qué?

—Ya estás metido en esto, Roque. Yo te metí al decirles a estos tipos que tú me habías robado la fórmula. Cuando despierten...

—Dos tipos son muy poca cosa para mí, Bevison.

—Sí, pero es que abajo hay tres más. Y como éstos tarden un poco en bajar, subirán a ver qué pasa. Desean recuperar la fórmula a toda costa. Si cayeses en sus manos, no me lo perdonaría nunca, Roque, porque soy el único culpable de que ahora estés tan en peligro como yo mismo.

El mexicano le miró de forma interrogante.

—Dime la verdad, Bevison. ¿Quieres que te acompañe por librarme del peligro o porque me necesitas para salir con bien del lío en que te has metido?

Peter se tironeó un lóbulo.

—Bueno, siempre sería una garantía contar con un tipo que

sacude como tú, Roque. Sin embargo, no te pido que me acompañes sólo por eso. De verdad creo que si te quedas en el hotel, tu vida correrá peligro.

Roque Gutiérrez sonrió.

—Me has convencido, Bevison. Iré contigo. ¿Dónde debes entregar la fórmula?

—En San Francisco, hotel Bahía. Un tipo acudirá a recogerla pasado mañana por la noche, a la habitación 480. Pero debemos salir inmediatamente hacia allá.

—¿Los tipos saben eso?

—No, ellos creen que debo llevarla a Las Vegas.

—Magnífico. ¿En qué nos vamos a San Francisco?

—En un «Ferrari» rojo que quita el hipo con sólo verlo. Lo alquilé esta misma noche. Lo tengo aparcado delante de mi casa.

—Abajo tengo mi motocicleta. Iremos con ella hasta tu casa.

—De acuerdo, Roque. Vamos, no hay tiempo que perder.

—Tendré que cambiarme de ropa, ¿no?

—Oh, sí, es verdad. Rápido, Roque, no sea que despierten estos fulanos o aparezcan los otros.

El mexicano se cambió en pocos segundos.

Estaba acabando de colocarse la chaqueta, cuando Elsa Gilford entró en el cuarto.

—¡Peter! —exclamó con asombro.

—Hola, Elsa.

—Pero ¿no te habías ido...?

—Te lo explicaré todo en otro momento.

—¡Oh...! ¡Hay dos tipos en el suelo...!

—Procura no estar cerca de ellos cuando se despierten, Elsa. Son muy peligrosos. En marcha, Roque.

—Vamos, Bevison.

El asombro de la camarera alcanzó límites insospechados.

—¿Ya no sois enemigos...?

—Hemos firmado una tregua —sonrió Peter.

—Cuando regresemos pondremos algunas cosas en claro —dijo Roque, refiriéndose a Elsa Gilford.

—Oh, sí, cuando regresemos hablaremos de eso —repuso Peter.

—¿Cuándo regreséis de dónde? —preguntó la morena.

—No te conviene saberlo, Elsa —respondió Peter—. Vamos,

Roque.

Peter y Roque salieron del cuarto de servicio y corrieron hacia el primer ascensor. Mientras descendían en él, Peter dijo:

—Saldremos por la puerta de servicio. En la principal se quedaron los tres individuos que te mencioné.

—Mi motocicleta está a pocos metros de la puerta de servicio.

—Magnífico. Pero por si acaso a alguno de los tipos se le ha ocurrido vigilar esa salida, tú saldrás primero y pondrás la motocicleta en marcha. Yo saldré unos quince segundos después.

—De acuerdo, Bevison.

El ascensor llegó abajo y ambos salieron rápidamente.

Afortunadamente, Charles Yorkin, el jefe de personal, no andaba en aquellos momentos por allí.

Peter y Roque corrieron hacia la puerta de servicio.

Como habían acordado, él mexicano salió primero.

Peter esperó veinte segundos y salió también.

Apenas había dado cuatro pasos, cuando se vio flanqueado por Fellows y Coward.

—No te muevas, Bevison —masculló Coward—. Te estamos apuntando.

—¿Dónde están Turner y Stack? —interrogó Fellows.

Peter, sonriendo nerviosamente, respondió:

—En la habitación 822, pasándolo en grande con un par de francesas que están como el Arco del Triunfo. Son insuperables, de veras.

—¿Qué disparate es ése? —Gruñó Coward.

—Nada de disparates, Coward —repuso Peter—. Yo les entregué el sobre lacrado y el pulverizador metálico. Cuando regresábamos los tres hacia el ascensor, se abrió la puerta de la habitación 822 y aparecieron las dos francesas muy ligeras de ropa. Stack y Turner, sin pensarlo un segundo, se introdujeron en la habitación, con gran regocijo por parte de las paisanas de Brigitte Bardot.

Fellows y Coward estaban boquiabiertos, con la mente confusa.

De pronto, al mismo tiempo, ambos se fueron al suelo, quedando desmadejados sobre la acera.

Roque les había cascado duro, en plena nuca.

—¡Eres un tío grande, Roque! —exclamó jubilosamente Peter.

—¡Rápido, Bevison, a la motocicleta!

Segundos después la máquina salía disparada, armando un ruido ensordecedor.

Fellows y Coward ya se estaban incorporando, medio aturridos todavía.

—¡Mira, Fellows, Bevison se larga en aquella motocicleta!

—¡Pronto, Coward, al coche!

Los dos matones corrieron como locos hacia el «Chevrolet».

—¡Señor Duggan, Bevison se escapa por allí, en una motocicleta! —informó Coward.

—¡Condenación! ¡Entrad en el coche, rápido!

Al mismo tiempo que Fellows y Coward subían al asiento trasero del «Chevrolet», Stack y Turner aparecían por la puerta principal del hotel, con muchas prisas.

Stack gritó:

—¡Señor Duggan, Bevison...!

—¡Ya lo sé, pareja de inútiles! No tenéis la fórmula, ¿verdad?

—No, pero...

—¡No perdamos el tiempo, maldita sea! —rugió Duggan, cortando las explicaciones de Stack—. ¡Subid al coche y seguidme!

El «Chevrolet» arrancó como una exhalación.

El otro coche le siguió pocos segundos después.

No tardaron en divisar la motocicleta que pilotaba Roque.

—¡Allá van, señor Duggan! —exclamó Fellows.

—¡Pronto les daremos alcance! —profetizó Coward.

Peter Bevison, que ya se había percatado de que los matones les seguían, le gritó al mexicano:

—¡Acelera, Roque, que los tipos nos vienen persiguiendo!

—¡Agárrate fuerte, Bevison, que vamos a volar!

El mexicano aumentó la velocidad de la máquina.

Pero no fue suficiente.

El «Chevrolet» y el sedán seguían acortando la distancia por segundos.

—¡Que se nos echan encima, Roque!

—¡La motocicleta no da más de sí, Bevison!

—¡Entonces estamos perdidos, nos cazarán!

—¡Todavía no nos tienen!

Pero no faltaba mucho.

Los coches de sus perseguidores estaban a un tiro de piedra.

—¡Hemos de hacer algo, Roque!

—¿Aunque sea muy peligroso?

—¡Por perdidos al río!

—¡O a la zanja!

—¿Cómo...?

El mexicano no respondió. Torció a la derecha, tan bruscamente, que casi perdió a Peter.

La motocicleta cruzó aquella estrecha calle y luego tomó la de la izquierda, tan estrecha como la anterior.

En la entrada había un indicador que rezaba: «Paso cortado».

—¡Roque, te has colado...! ¡Por esta calle no podremos pasar...!

—¡Conozco estas obras, Bevison! ¡Utilizaremos el tablón!

—¿Qué tablón?

—¡Aquél!

A Peter se le heló la sangre en las venas.

No muy lejos se veía una zanja que cruzaba todo el ancho de la calle, aceras incluidas.

Tenía unos ocho metros de longitud.

Un tablón de apenas veinte centímetros de anchura pasaba por encima de la excavación.

—¡Roque, que nos la pegamos!

—¡Tenemos un veinticinco por ciento de probabilidades de pasar, Bevison!

—¡Oh, eso es muy poco! —gimió Peter.

—¡Lo siento, pero ya no podemos retroceder! ¡Allá vamos!

El mexicano enfiló la máquina hacia el madero.

Peter cerró los ojos y se puso a rezar.

Cuando la rueda delantera entró en el estrecho tablón, la motocicleta brincó, trazando un arco en el aire.

—¡Roque, yo quiero un casco...!

CAPÍTULO X

Peter Bevison ya se veía en el fondo de la zanja.

Pero no sucedió tal cosa.

La motocicleta cayó sobre el madero y Roque Gutiérrez, con gran habilidad, evitó que las ruedas se saliesen del mismo.

La máquina acabó de cruzar limpiamente el tablón.

—¡Eres el mejor piloto del mundo, Roque! —exclamó eufóricamente Peter.

El mexicano rió con fuerza.

—¡Ellos sí que no podrán pasar, Bevison!

En efecto, los dos coches frenaron bruscamente a escasos metros de la excavación.

Frank Duggan y sus matones se habían quedado atónitos.

—Si no lo veo no lo creo —musitó Fellows.

—Parece imposible que hayan logrado pasar por el tablón —murmuró Coward.

Frank Duggan escupió un improperio.

—Mientras damos la vuelta y tomamos una calle paralela, Bevison y su compañero se habrán alejado demasiado. Cualquiera los encuentra ahora.

Fellows carraspeó.

—Bueno, no todo está perdido, señor Duggan. Sabemos que Peter Bevison debe entregar la fórmula en el hotel Nevada de Las Vegas, habitación 399.

—Y podemos llegar allí antes que él —añadió Coward.

—¿Quién nos asegura que Bevison no mintió al decir eso? —replicó Duggan—. Ese camarero está resultando mucho más inteligente de lo que creíamos.

Fellows y Coward se quedaron callados.

Stack y Turner, que ya habían salido del sedán, se aproximaron al «Chevrolet». El primero asomó la testa por la ventanilla.

—Señor Duggan...

La bofetada que le soltó Frank Duggan resonó como un latigazo.

—¡No me hables, Stack, o soy capaz de volarte la tapa de los sesos! ¡Tú y Turner tenéis la culpa de que Bevison se nos haya escabullido! ¿Cómo lo dejasteis escapar?

—El tipo grandote que conducía la motocicleta nos dejó sin sentido...

—¡Sois un par de besugos!

—Cálmese, señor Duggan. Sabemos adónde se dirige Bevison.

—¡No, no lo sabemos, Stack! ¡Suponemos que se dirige a Las Vegas, pero...!

—¡Oh, no, señor Duggan! —le interrumpió el matón—. ¡Peter Bevison no se dirige a Las Vegas, sino a San Francisco!

—¿A San Francisco...? —repitió Duggan, desconcertado—. ¿Cómo lo sabéis?

—El golpe que recibí me hizo caer al suelo y quedar inmóvil, pero no llegué a perder el sentido totalmente. Oí, como en un sueño, lo que hablaron Bevison y Roque, que así se llama el grandullón. Por eso sé que Bevison debe entregar la fórmula pasado mañana por la noche en San Francisco, hotel Bahía, habitación 480. Un tipo, lo más probable un agente secreto, acudirá a recogerla.

—Esto cambia las cosas, Stack —sonrió Frank Duggan.

—Y también sé por qué Bevison no llevaba la fórmula encima cuando se disponía a dejar su apartamento.

—¿Dónde la tenía, Stack?

—¿Recuerda aquel hermoso «Ferrari» rojo que estaba aparcado frente al apartamento de Bevison? Él lo alquiló para trasladarse a San Francisco. Seguro que la fórmula estaba en el coche.

Frank Duggan dio un respingo.

—¡Entonces ahora se dirige hacia su casa, a coger el «Ferrari»!

—Sin lugar a dudas.

—¡Rápido, a vuestro coche! ¡Esa motocicleta no corre mucho! ¡Tal vez lleguemos antes que ellos al «Ferrari» y nos ahorremos el viaje a San Francisco!

—¡Allí está el «Ferrari», Roque!

—¡Sí, ya lo veo, Bevison!

El mexicano detuvo la motocicleta detrás del automóvil.

—¡Rápido, Roque, subamos al coche!

—Tranquilo, Bevison, que ahora no nos sigue nadie. Ya hace rato que perdimos de vista a los coches de los matones.

—Aun así, no me fío un pelo.

—Estarán camino de Las Vegas, no te preocupes.

—Ojalá.

Peter y Roque entraron en el «Ferrari».

—Eh, ¿no te olvidas de algo, Bevison?

—¿De qué?

—En el hotel dijiste que tenías escondida la fórmula en un lugar seguro, pero no nos hemos detenido en ningún sitio a recogerla...

Peter sonrió con astucia.

—La fórmula está aquí, Roque, en el coche.

El mexicano arqueó las cejas.

—Diablos, pues no me parece un lugar muy seguro.

—El más seguro del mundo, lo que yo te diga. La fórmula está tan bien escondida que nadie sería capaz de encontrarla.

—Tú nos ayudarás a dar con ella, Bevison —dijo Stack, apareciendo por la ventanilla de la izquierda.

Por la opuesta se dejó ver Coward.

La «Magnum» de Stack apuntaba a Peter, y el arma de Coward, una «Super-Star», casi rozaba la sien derecha del mexicano.

Peter y Roque se habían quedado mudos a causa de la sorpresa.

Stack sonrió sarcásticamente.

—El agente que acuda pasado mañana por la noche a la habitación 480 del hotel Bahía, en San Francisco, se llevará una buena sorpresa, porque la encontrará vacía.

Peter abrió mucho los ojos.

—¿Cómo sabíais...?

—Cuando tu amigo hizo chocar mi cabeza contra la de Turner no quedé totalmente inconsciente. Lo escuché todo, Bevison.

Peter miró al mexicano.

—¿Por qué no les diste más fuerte, Roque?

—Figúrate qué idiotez: por temor a matarlos.

—No se hubiera perdido gran cosa.

—Estamos de acuerdo, Bevison. Si la ocasión se me presenta de nuevo... —repuso el mexicano, atirantando los músculos faciales.

Stack masculló:

—Basta de charla. Y escuchad esto: Coward y yo vamos a entrar en el coche sin dejar de apuntaros ni un solo instante. Como intentéis algo, os llenaremos las cabezas de plomo.

Los matones ocuparon el asiento trasero del vehículo.

Stack ordenó a Peter que lo pusiera en marcha y éste obedeció.

Tan pronto como el «Ferrari» arrancó, el sedán negro y el «Chevrolet» azul se dejaron ver, dándole escolta.

Media hora después, los tres vehículos se detenían ante un viejo caserón situado en las afueras de Los Angeles.

Del «Chevrolet» descendió Frank Duggan.

Fellows y Turner hicieron lo propio del sedán, metralleta en mano.

—¡Toma! —exclamó quedamente Peter, al descubrir las metralletas—, igual que los chinos de Chiang-Tung. Si al menos tuviéramos un par de granadas, como mi amigo Bruno...

—Abajo —ordenó hoscamente Stack.

Peter y Roque salieron del «Ferrari», siendo imitados por Stack y Coward.

El mexicano no apartaba los ojos de las metralletas de Fellows y Coward.

Frank Duggan, sonriendo irónicamente, dijo:

—Volvemos a vernos, Bevison.

—Ya dijo alguien que el mundo es un pañuelo.

—Bien, vayamos directamente al grano.

—Yo pongo la pomada.

Frank Duggan rió el chiste de Peter.

—Buen humor el tuyo, Bevison.

—Mi abuelo solía decir que al mal tiempo buena cara.

—¿Dónde tienes la fórmula, muchacho...?

—Me la he comido. ¿Verdad que me la he comido, Roque?

El mexicano no despegó los labios.

—Sabemos que la ocultaste en el coche... —dijo Duggan.

—Fríos, fríos...

—Stack, Coward, registrad el coche —indicó Frank Duggan, muy sonriente, porque estaba seguro de que pronto tendría, la fórmula

del gas paralizante en sus manos.

Los dos matones se apresuraron a cumplir las órdenes de su jefe.

Tras la búsqueda, tan concienzuda como infructuosa, Stack dijo:

—No aparece por ningún lado, señor Duggan.

Éste ya no sonreía. Mirando acerbamente a Peter, interrogó:

—¿Dónde la ocultaste, Bevison?

—Ya se lo dije antes: me la comí.

—Si te obstinas en no revelarlo, ordenaré a mis hombres que te «trabajen».

—A pesar de ello, mi boca será una tumba. No le temo al dolor físico, ¿sabe? Lo resisto muy bien. De pequeño me pegaron una pedrada y no lloré.

Frank Duggan hizo un gesto con la mano y sus hombres empujaron a Peter y a Roque hacia el interior del caserón.

Poco después entraban en la habitación donde, vigilado por Lowery y McLeod, se hallaba el agente

KR-3,

atado a la silla.

Al ver a Peter el miembro del Servicio Secreto exclamó:

—¡Bevison!

—Hola —sonrió Peter—. Me alegro de verte vivo.

—Lo siento, muchacho —repuso con amargura

KR-3

—. Ahora comprendo que no debí mezclarte en esto.

—Oh, no te lamentes. Mi abuelo solía decir que a lo hecho...

—Pecho —intervino Stack, dándoselas de listo.

—En efecto, cara de berberecho.

A Stack le cayó muy mal el insulto de Peter.

Quiso golpearle, pero Frank Duggan se lo impidió con un ademán autoritario.

El agente inquirió:

—¿Cómo te cazaron, Bevison? Yo no les dije nada, te lo juro.

—Lo sé. Pero estos individuos son muy listos.

—¿Te han quitado la fórmula?

—De eso, nada. Sigue estando en mi poder, no te preocupes. Y no les diré dónde la tengo guardada ni aunque me amenacen con freírme vivo.

—Tú no estás obligado a dejarte torturar, Bevison...

—No te preocupes por mí.

Frank Duggan ordenó:

—McLeod, tráete un par de sillas.

—Oh, no se moleste, señor Duggan, no estamos cansados —repuso Peter—. ¿Verdad que no, Roque?

El mexicano no salió de su mutismo. Miraba fijamente a Fellows y a Turner, como si esperase una oportunidad para saltar sobre alguno de ellos y hacerse con una metralleta.

Pero Turner y Fellows se hallaban a prudente distancia, muy atentos al mexicano, porque le consideraban mucho más peligroso que Peter Bevison.

McLeod regresó con el par de sillas y unas cuerdas.

Entre él y Lowery ataron al mexicano, sin que éste, siempre apuntado por las metralletas de Turner y Fellows, pudiera hacer nada por impedirlo.

Éstos, al ver bien sujeto a Roque, se mostraron más confiados.

Dejaron las metralletas en el suelo, apoyadas contra la pared.

—Vamos, atad también a Bevison —ordenó Duggan, cada vez más impaciente.

Stack y Coward se acercaron a Peter y el primero le dio un empujón, enviándolo hacia la silla que quedaba libre.

—¡Eh!, ¿qué modales son éstos, cara de berberecho? —protestó Peter.

Stack le miro con fiereza.

—Señor Duggan, quiero soltarle Un puñetazo en la boca a Bevison. Es la segunda vez que me llama eso.

—Cuando esté atado a la silla, Stack —dijo Duggan.

—Ya lo has oído, cara de berberecho; me pegarás cuando esté atado a la silla.

Stack, frenético, no quiso esperar a que Peter estuviese atado. Avanzó dos pasos y dejó ir su puño derecho.

Peter, que no hizo nada por esquivar el golpe, recibió el puñetazo en el mentón y rodó aparatosamente por el suelo, entre las carcajadas de los matones.

Como por casualidad, fue a parar sobre una de las metralletas.

El primero en advertir la treta de Peter fue Frank Duggan.

—¡Cuidado!

Al mismo tiempo que Duggan gritaba, Peter Bevison se revolvía

con la metralleta de Fellows en las manos.

—¡Quieto todo el mundo o empiezo a soltar píldoras calentitas!

Los matones, todos a una, movieron las manos en busca de sus automáticas.

Peter soltó la primera ráfaga, haciendo estremecer las paredes de la habitación con el atronador canto de la metralleta.

McLeod, Lowery y Coward cayeron fulminados.

Los otros tres matones se quedaron paralizados, sin atreverse a sacar sus armas.

Frank Duggan tenía el rostro demudado.

—¿Alguien más desea echar mano de su pistola? —interrogó duramente Peter. Al ver que nadie se movía, se puso en pie y ordenó—: Stack, suelta inmediatamente al agente y a Roque.

El matón miró a su jefe.

Frank Duggan asintió con una cabezada.

Stack se acercó al agente y empezó a quitarle las cuerdas.

Fellows y Turner no le quitaban el ojo a Peter Bevison, por si éste tenía un descuido.

Pero Peter los controlaba bien a los dos.

También a Stack.

Sin embargo, no le prestaba la misma atención a Frank Duggan.

Y Duggan, que también iba armado, aprovechó la circunstancia para mover la mano con rapidez y sacar su «Smith & Wesson».

—¡Cuidado, Bevison! —gritó

KR-3,

percatándose del hecho antes que Peter.

Éste volvió su metralleta hacia Duggan y accionó el disparador, abatiendo al jefe de la banda de malhechores antes de que lograra utilizar su pistola.

Stack, Turner y Fellows sacaron velozmente sus armas.

Peter, que esperaba algo así, se dejó caer de rodillas y le dio de nuevo al disparador de la metralleta.

Los tres matones se derrumbaron, rotos por las balas.

Tras el estruendo de los disparos, la habitación quedó silenciosa.

El agente

KR-3

y Roque Gutiérrez miraban perplejos a Peter, porque les costaba dar

crédito a lo que habían presenciado.

Peter, con los ojos fijos en los siete cadáveres ensangrentados, dejó caer la metralleta y musitó:

—Yo, los he matado yo... He matado a siete hombres...

El agente, a medio desatar todavía, dijo:

—Era su vida o la tuya, Bevison. Mejor dicho: la de nosotros tres. Pensaban matarnos a sangre fría tan pronto como obtuvieran la fórmula del gas paralizante. Has hecho lo que debías, muchacho.

Peter, con el rostro blanquecino, murmuró:

—Creo..., creo que no me encuentro bien... Voy a..., voy a...

No pudo seguir hablando, porque se desmayó.

EPÍLOGO

Peter Bevison abrió los ojos.

Vio un rostro bonito: el de Elsa Gilford.

Y otro bastante menos bonito: el de Roque Gutiérrez.

Ambos denotaban preocupación.

—¿Te encuentras bien, Peter? —preguntó la camarera.

—Regular tan sólo, Elsa —repuso Peter, haciendo una mueca.

—Siento lo que pasó, Bevison —dijo el mexicano, cabizbajo.

—Más lo siento yo, Roque. Durante el resto de mi vida recordaré lo sucedido.

—¿Tanto tiempo...?

—Sí, Roque. Estoy seguro de que no podré borrar de mi mente los trágicos acontecimientos de esta noche.

—Hombre, tanto como trágicos...

—¿Te parece poca cosa haber matado a siete hombres?

El mexicano y Elsa cambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Quién ha matado a siete hombres...? —preguntó ella.

—Yo, Elsa. ¿Acaso no te lo ha contado Roque? Empuñé la metralleta de Fellows y ¡ra-ta-ta-ta-ta!, me los cargué a los siete. Fue algo espantoso... Sí, ya sé que fue en defensa propia, que no tenía alternativa, que ellos eran unos asesinos, pero... Se siente uno muy mal después de una masacre así, Elsa, muy mal... No volveré a ser ya el Peter Bevison de antes, estoy convencido...

Roque y Elsa volvieron a mirarse.

—Deberíamos llamar al médico, Roque.

—Sí, será lo mejor, Elsa.

—Oh, yo no necesito ningún médico —dijo Peter—. Físicamente estoy bien, de veras.

—Sí que lo necesitas, Bevison. El golpe te ha trastornado.

—¿Qué golpe?

—El que te diste contra los armarios, durante la pelea que sostuvimos por causa de Elsa.

—Oh, sí, recuerdo que me lanzaste contra ellos con mucha fuerza. Pero eso no fue nada, Roque.

—Sí que debió ser, porque has estado inconsciente más de media hora.

—¿Cómo...? —Parpadeó Peter.

—Sí, Peter —corroboró Elsa—. Perdiste el sentido al chocar contra los armarios. Roque se arrepintió enseguida de su violenta acción. El y yo hemos estado junto a ti desde entonces, esperando que te recobraras.

Peter miró a su alrededor. Comprobó que se encontraba en el cuarto de servicio de la sexta planta, tumbado en el suelo, con su uniforme de camarero. Al intentar levantarse sintió un agudo dolor en la parte posterior de la cabeza. Se llevó las manos allí y encontró una protuberancia de considerables dimensiones.

Roque le ayudó a ponerse en pie.

—Con cuidado, Bevison.

—No es posible... —murmuró Peter, con rara expresión.

—¿El qué? —preguntó Elsa.

—Que lo haya soñado todo... La Operación Riñones al Jerez, los agentes

WS-5

y

KR-3,

el gas paralizante, la pandilla de malhechores que perseguía la fórmula del profesor Listorrnsky...

La morena sonrió comprensivamente.

—Ya lo creo que es posible, Peter. Tu desmesurada afición por las películas de agentes secretos te ha jugado una mala pasada.

Peter Bevison se apretó las sienes y cerró los ojos.

—Me cuesta admitir que todo haya sido una pesadilla...

El mexicano intervino:

—Sin duda lo fue, Bevison. Y por mi culpa. Jamás debí tratarte de aquel modo tan salvaje, pero estaba ciego de ira porque acababa de comprender que Elsa te prefería a ti y no supe controlarme. Te ruego que no me guardes rencor por ello. ¿Amigos, Bevison?

Peter estrechó efusivamente la mano que le ofrecía el mexicano.

—¡Naturalmente, Roque! Y además, de verdad. No puedo olvidar que gracias a ti me libré de Stack y Turner, primero, y de Fellows y Coward, después. ¡Con qué estilo les sacudiste, grandullón!

Roque abrió la boca.

—Oh, no, Peter, otra vez no... —suplicó Elsa—. Ya estás nuevamente diciendo disparates.

Peter se pasó una mano por la frente.

—Mi cerebro todavía no está totalmente limpio. La pesadilla está tan reciente...

Roque Gutiérrez sonrió pícaramente.

—Elsa te ayudará a olvidar todo eso, Bevison. Hasta luego.

Él mexicano salió del cuarto de servicio.

Peter clavó sus ojos en los de Elsa Gilford.

Ella, que había enrojecido ligeramente, bajó la mirada.

Peter carraspeó.

—Elsa, mírame.

Ella alzó los ojos.

—¿Quieres casarte conmigo, Elsa?

La camarera boqueó como un pez.

—¿Qué has dicho...?

—Que si quieres casarte conmigo.

—Continúan los efectos del golpe que te diste contra los armarios, ¿eh?

Peter la abarcó por el talle y la atrajo hacia sí.

—Sé muy bien lo que me digo, Elsa. Me gustas, me has gustado desde el primer día. Y si no te lo he confesado hasta hoy, se debe a que no era muy partidario del matrimonio. Los héroes de las películas de agentes secretos conquistan rubias, morenas, pelirrojas, mujeres de todas clases y razas, pero no se casan con ninguna.

—Entiendo. Y tú, llevado por tu desmedida admiración hacia los agentes secretos, pensabas hacer lo mismo, o sea, ser tan sinvergüenza como ellos.

—Sí, pero ya cambié de modo de pensar.

—¿Puedo saber qué te ha hecho cambiar?

—La pesadilla, Elsa. En ella me he visto actuando como un auténtico agente secreto, siempre en peligro, sin un minuto de

tranquilidad, obligado a matar para no morir... Algo horroroso, créeme. El hecho de conquistarse de cuando en cuando a una escultura como Flor del Campo, no compensa.

—Eso es lo que dices ahora, pero el próximo martes al cine, a ver otra película de agentes secretos.

—Te aseguro que eso se acabó, Elsa. No volveré a ser un fanático de esa clase de películas. Desde esta noche me importan un comino James Bond, Bruno *el Conquistador*, y todos sus colegas. No quiero saber nada de pistolas automáticas, de metralletas, de granadas ni de «Ferraris» con departamentos secretos... Me siento orgulloso de ser camarero. Y feliz por haberme enamorado de la camarera más bonita de la ciudad. ¿Cuándo nos casamos, Elsa?

—Eh, que yo no he dado todavía mi consentimiento...

—Te ayudaré a decidirte.

Peter la besó en los labios, largamente.

Ella no dudó en corresponderle.

Cuando separaron sus bocas, él inquirió:

—¿Te has decidido ya, Elsa?

—Me decidí hace tiempo, Peter —respondió ella, sonriéndole.

—¿Te casarás conmigo?

—Sí, Peter.

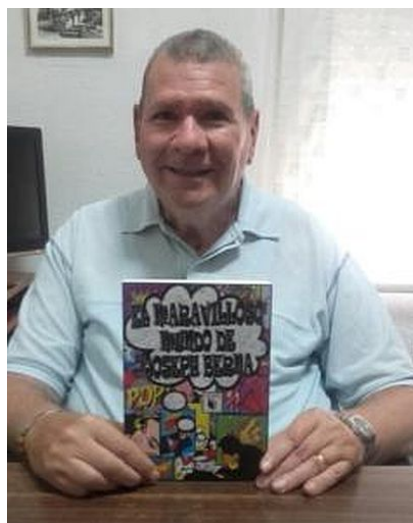
—¡Magnífico! Pasaremos nuestra luna de miel en Acapulco.

—¡Peter! —exclamó ella, gratamente sorprendida.

—Sí, Elsa. Y me gustaría que nos tropezáramos con Bruno, para ponerle los dientes largos, tú eres muy superior a la china que él se llevó.

Elsa Gilford iba a replicar, pero Peter Bevison se lo impidió, cerrándole la boca con un soberano beso...

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».